

AGUANTAR CON EL PECHO LO QUE SE DICE CON LA BOCA

Violencia de broncas en relación con la construcción de masculinidad de jóvenes varones en Playa Norte, Ciudad de Santa Fe.

Tesinista: **BREM, Gastón**

Director: **MARCÓN, Osvaldo**



Universidad Nacional del Litoral
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
Licenciatura Trabajo Social
Seminario de Tesina

Tesinista:

Brem, Gastón

Director:

Marcón, Osvaldo

Tesina:

Aguantar con el pecho lo que se dice con la boca. Violencia de broncas en relación con la construcción de masculinidad de jóvenes varones en Playa Norte, Ciudad de Santa Fe.

FCJS - 2021

AGRADECIMIENTOS

06

RESUMEN

07

INTRODUCCIÓN

08

Un mudo con tu voz y un ciego como yo.

Historia de la investigación y decisiones metodológicas

11

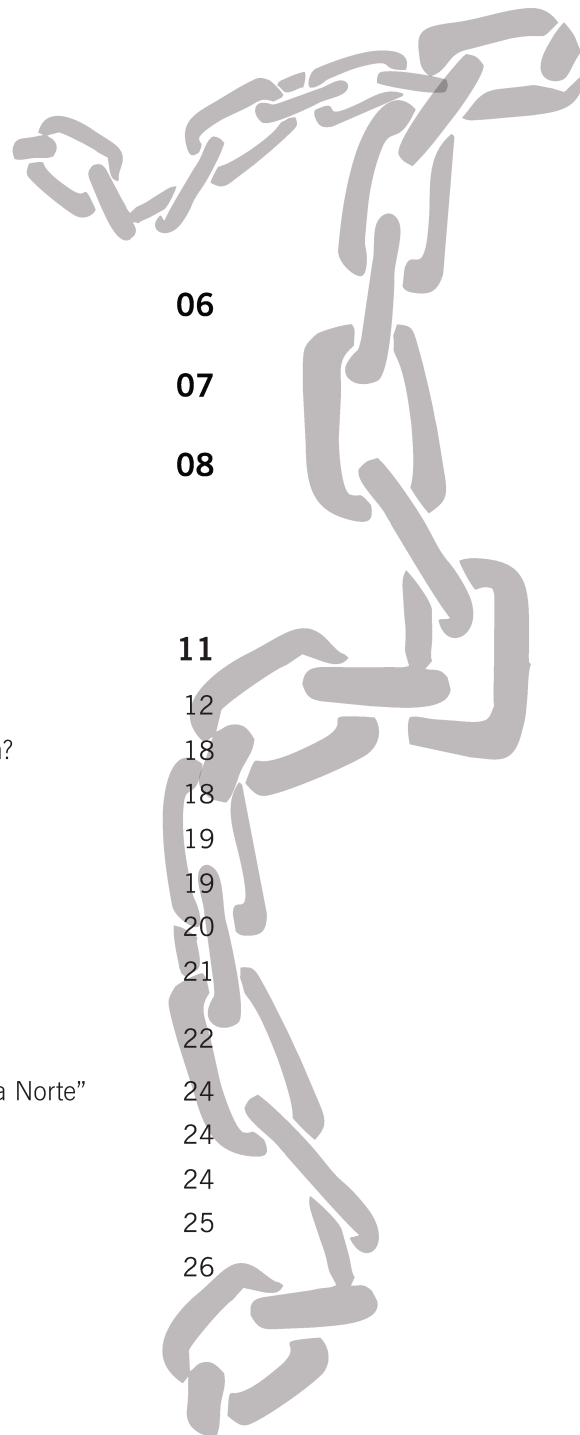
1. ¿Por qué estudiar la violencia entre jóvenes varones? 12
2. ¿Cómo estudiar la violencia en el medio de una pandemia? 18
 - 2.1. Estrategia metodológica 18
 - 2.2. Historia natural de la Investigación 19
 - 2.2.1 Primer diseño de investigación 19
 - 2.2.2 Redefinición y rediseño 20
3. Playa Norte. Breve presentación del territorio 21
4. Nueva Oportunidad 2018/2019: un poco más que solo una fuente de interés 22
 - 4.1. “Nosotros somos los pibes del pasillo, va a arder Playa Norte” 24
5. Vuelta al campo: Observación participante 24
 - 5.1. Reencuentro con los jóvenes. Cambio de escenario 24
 - 5.2. Observación Participante 25
 - 5.3. Necesaria actualización de percepciones 26

Unos pocos peligros sensatos.

Formaciones subculturales y despliegue de violencia en Playa Norte

29

1. Encuadre teórico para el análisis del trabajo de campo 30
 - 1.1. ¿Cómo se estudio/entendió históricamente la violencia? 30
 - 1.2. Formaciones subculturales. O una forma de ser estando en el barrio 32
2. “No te podes regalar, te la tenés que bancar y estar preparado por si aparecen... o te mata la bronca” 33
3. Cuatro nudos para analizar la violencia en Playa Norte 34
 - 3.1. La violencia como una práctica próxima, habitual, constitutiva de una trama social 34
 - 3.2. Legitimaciones: el aguante y el honor como capital simbólico en disputa 36



3.3.Un lenguaje propio, un código común, una nueva forma de sociabilidad	38
3.4.Una marca de estilo, una búsqueda de identidad social. Una práctica integradora y a la vez distintiva	40
4. Usos, formas y dimensiones de la violencia	42
4.1.Dimensiones de la violencia	44
5.Regulaciones y 'encuadres' de la violencia	45
6. La voz de las compañeras: otras percepciones en relación a la violencia	48

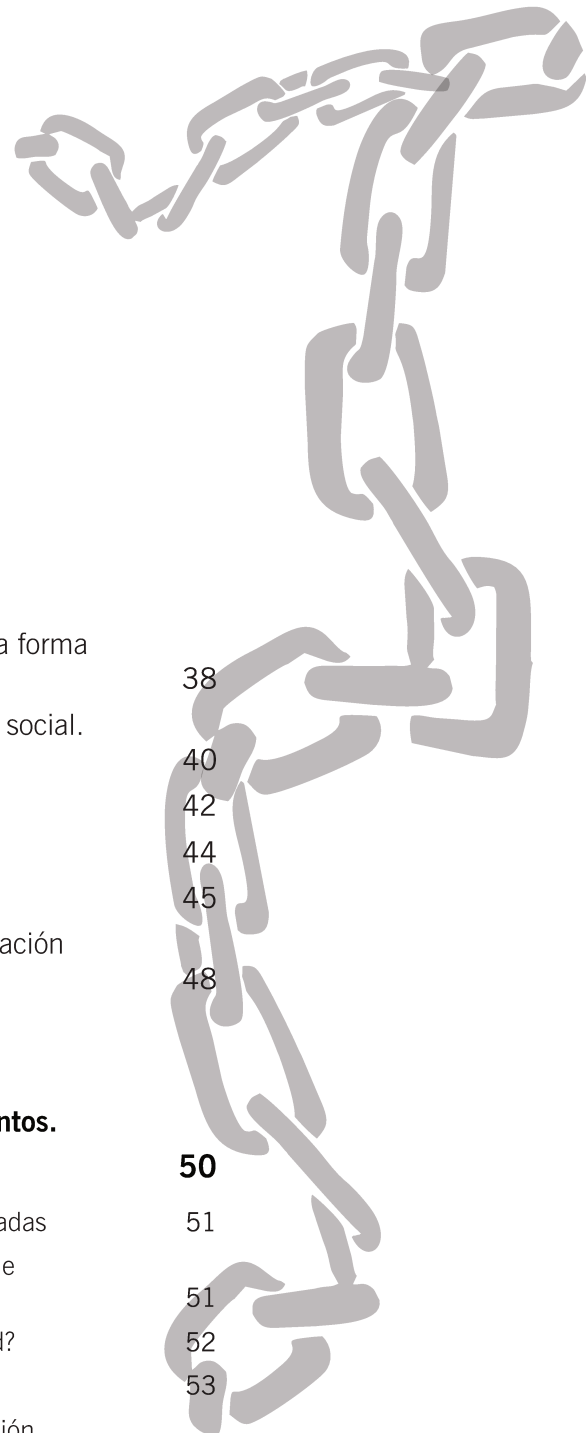
Demasiados los moretones, muy pocos los encantamientos.

Masculinidad y violencia en los pibes del pasillo

1. Marco general para el análisis de las masculinidades situadas	51
1.1.Breve recorrido histórico de los estudios académicos de masculinidades	51
1.2.¿De qué hablamos cuando hablamos de masculinidad?	52
1.3.Masculinidad en contexto y situación	53
2. Masculinidad y violencia: introducción teórica a una relación retroalimentaria	54
3. Manifestaciones de la masculinidad en relación con el ejercicio de la violencia en los pibes del pasillo	56
3.1.Las posiciones de las masculinidades entre los pibes del pasillo en relación a la violencia	57
3.2. Otro eje estructurante de la masculinidad: el trabajo	58
3.3.El cuerpo como insignia y testimonio	60
3.4. Comportamientos temerarios y no reconocimiento del riesgo (propio)	62
3.5.La diferenciación tajante a lo feminizado	63

CONSIDERACIONES FINALES	65
--------------------------------	-----------

BIBLIOGRAFÍA	72
---------------------	-----------

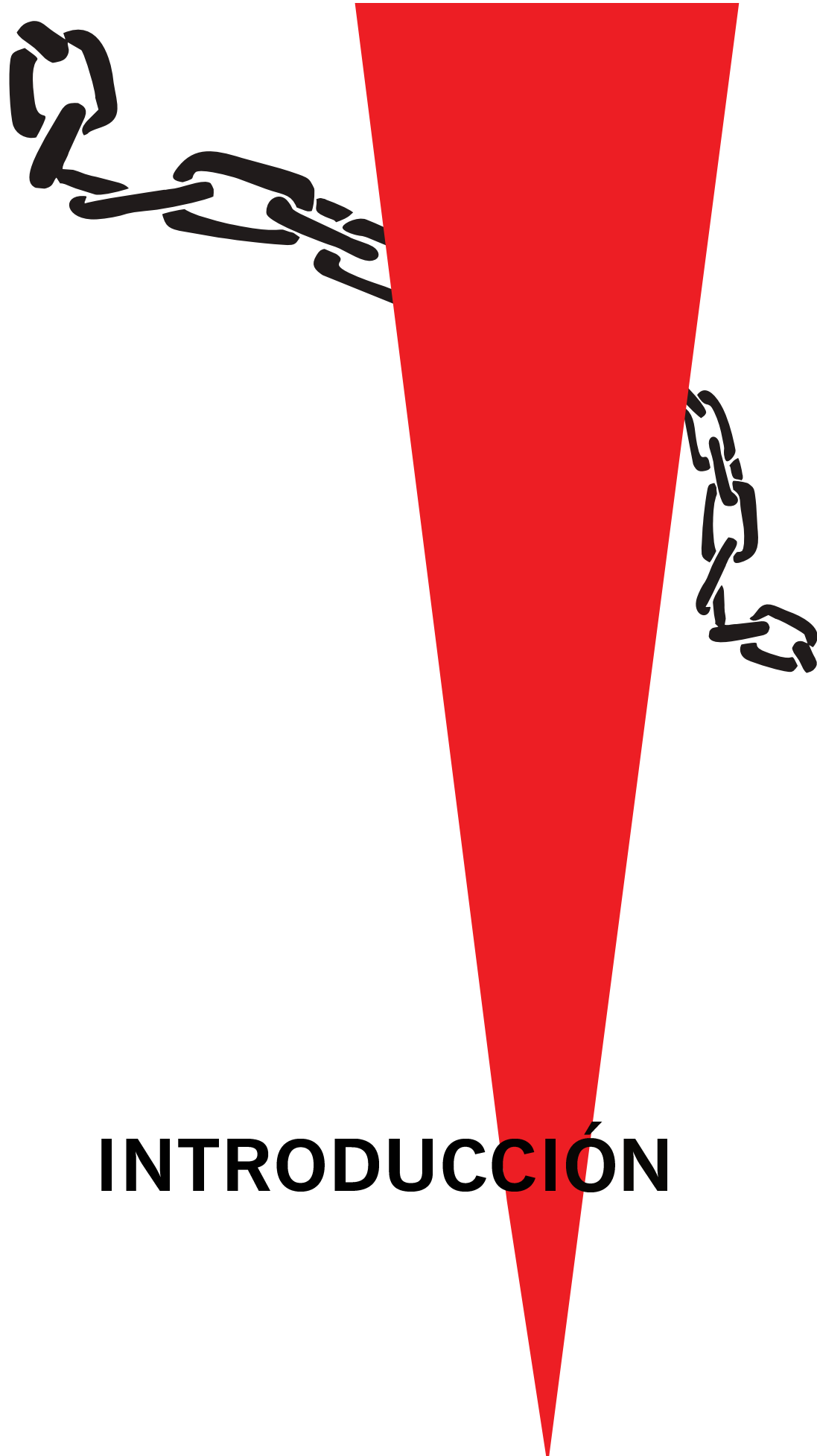


AGRADECIMIENTOS

- A mi familia por el amor y el aguante incondicional. Mención especial para Paula que, aparte de soportarme en el cotidiano, puso su arte a disposición.
- A Gina, mi compañera, por estar, escuchar y enseñarme todos los días.
- A Fede, Pauli, Julien y Roci por bancar y porque hay un poquito de cada rosca compartida en este trabajo.
- A Naty y Natacha por ser una referencia, por cumplir un rol fundamental para la concreción de esta tesina, pero por sobre todo por su amistad.
- Al Barrio Playa Norte en general por todo el aprendizaje que me deja y a “los pibes del pasillo” por bancarme y ayudarme con esta investigación.
- A Osvaldo Marcón por dirigir esta tesina con un acompañamiento habilitante, preciso y sincero.
- A la Universidad Pública por mostrarme caminos y a mi querido FETS por enseñarme que nada sirve caminarlos en soledad.

RESUMEN

La presente tesina es un análisis de la violencia de jóvenes varones en relación con la construcción de masculinidad en el Barrio Playa Norte de Santa Fe, en el período 2018 - 2020. Este trabajo da cuenta de un proceso personal de experiencia laboral con jóvenes del barrio que luego fue actualizada mediante técnicas de investigación cualitativa. Así, a partir de un trabajo etnográfico de observación participante –en diálogo con la experiencia mencionada- se abordó el repertorio de violencia física entre grupos de jóvenes varones en el barrio, en los significados otorgados por los protagonistas a estas prácticas y en sus regulaciones y legitimaciones. También se ahondó en los sentidos que los jóvenes varones le dan a la masculinidad, sus manifestaciones y las formas de habitar y construir su género en el barrio. En fin, se intentó realizar una aproximación a la comprensión de la relación entre este tipo de violencia entre varones y las formas de habitar y construir la masculinidad de estos jóvenes. Todo esto en el marco actual de pandemia, que representó todo un desafío del cual el trabajo también intenta dar cuenta.



INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

El presente escrito es el informe final de mi trabajo de tesina de grado de la Licenciatura en Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral. La misma se titula “*Aguantar con el pecho lo que se dice con la boca. Violencia de broncas en relación con la construcción de masculinidad de jóvenes varones en Playa Norte, Ciudad de Santa Fe.*”

El tema de la violencia entre jóvenes varones me suscita un gran interés particular, además de ser un tema central en la agenda pública. Este interés será desarrollado detalladamente en el próximo capítulo ya que el surgimiento del mismo es constitutivo y fundacional de esta investigación y todas sus decisiones metodológicas. En estos comentarios introductorios, más bien, sentaré posición en relación al tema de estudio y su necesidad de abordarlo desde el Trabajo Social.

El tema de la violencia no es lineal, unidimensional o simple. Los abordajes y perspectivas posibles son múltiples, variados, de diversa índole y con diferentes intencionalidades. No obstante, hay dos ejes problemáticos, estrechamente vinculados entre sí, que se deben tener en cuenta para tratar el tema: el problema de la definición y el problema de la legitimidad.

El primer eje refiere a qué es y que no es violencia, es decir, su definición. El término violencia, por ser una prohibición fundamental, tiene una connotación moral y un efecto impugnatorio: quién es catalogado como violento está por fuera de 'las reglas del juego'. El significante violencia pasa a ser una frontera de lo permitido según cada contexto u orden simbólico (Tonkonoff, 2014). Así, cómo y quién define qué es la violencia depende del contexto socio-histórico y de las diferentes tensiones que se vayan dando entre los actores sociales del mismo, es decir, es una cuestión de poder.

Por esto mismo, es menester tomar ciertas precauciones de especificación a la hora de referirse, estudiar o intervenir en la misma. En el caso de este trabajo, la violencia referida es la violencia física ejercida por jóvenes varones de un grupo específico del barrio Playa Norte y a lo largo del mismo se intenta evidenciar el por qué del recorte. Las generalizaciones en las referencias y conceptualizaciones pueden devenir en estigmatizaciones o reproducción de las desigualdades. En relación a esto, es preciso resaltar la necesidad de desenzimar la violencia. Esto es entenderla como una práctica social que no es monopolio de ningún sector, aunque cada sector le otorgue diferentes usos, significaciones, sentidos y 'conviva' de una forma diferente con estas prácticas.

El otro eje problemático a señalar tiene que ver con las legitimaciones de las prácticas que referimos como violencia en este trabajo. Como veremos posteriormente, uno de los factores centrales que explican el despliegue de la violencia es que se trata de una práctica permitida socialmente para estos jóvenes, legitimada, convirtiéndose en una forma de relacionarse en el ámbito estudiado.

Parafraseando a Durkheim refiriéndose al delito, se puede decir que no rechazamos algo porque sea violento sino que es violento porque lo rechazamos colectivamente. Pero cuando esas prácticas pasan a ser pasibles a ser significadas positivamente en determinados sectores, la 'impugnación' externa se traduce en estigmatización y solo genera más prácticas nocivas. En otras palabras, desde determinadas posiciones externas se pueden definir las prácticas de jóvenes de estos sectores como violentas, no obstante, allí se presenta como una práctica naturalizada, ponderada y hasta una condición de *ser estando* en sus lugares habituales. Así, el debate por la violencia referida aquí, es en realidad el debate por la legitimidad social de esa violencia, y es justamente esa condición la que permite transformarla socialmente -superando intervenciones meramente represivas. De aquí que se insista en el análisis y las intervenciones en la violencia de forma situada.

Ahora, ¿por qué estudiar la violencia desde el Trabajo Social?

Parto de la premisa que al ejercicio de violencia entre jóvenes varones del Barrio Playa Norte le subyacen sentidos y significaciones propias. Dichos sentidos, como veremos luego, pueden presentarse alejados a las percepciones de quienes no son los actores involucrados, no obstante, eso no quiere decir que no existan. En este sentido, el Trabajo Social, en tanto profesión y disciplina caracterizada por su impronta interventiva y por su proximidad reflexiva a las manifestaciones de la cuestión social, tiene mucho que aportar.

Rozas Pagaza (2010), señala que:

“La intervención profesional es una construcción histórico-social; y afirmamos que dicha intervención, pensada como campo problemático: se desarrolla a partir de las manifestaciones de la cuestión social que afectan directamente a la reproducción social de los sujetos. Dichas manifestaciones adquieren un significado particular para la intervención en cuanto ellas se encarnan la vida cotidiana de los sujetos.” (pp. 51)

Siguiendo el planteo de la autora, se puede convenir en que para las intervenciones con jóvenes de sectores populares no hay recetas universales ni lineales. Más bien, se trata de intervenciones situadas y atendiendo a las significaciones otorgadas por los sujetos. Particularmente creo que profundizar en los 'para que' de la violencia es uno de los grandes desafíos que los profesionales del Trabajo Social tienen en el campo de las violencias.

En este 'intervenir conociendo las significaciones' es imprescindible tener herramientas para la lectura de estas significaciones en las prácticas de violencia, superando así las explicaciones simplistas a partir de la carencia o de las anomalías puntuales, incorporando las significaciones para trabajar sobre ellas. En esta instancia, el despojo de los prejuicios morales propios de parte de quien interviene resulta un elemento clave. También para quien lo investiga, y este trabajo de tesina se propone como un aporte para ello.

Como decía, el Trabajo Social, para intervenir en clave de derechos en estos contextos, debe tener herramientas de comprensión de los sentidos mentados de las acciones, una impronta antropológica que le permita situarse para transformar. Las intervenciones que desconozcan estos sentidos, indefectiblemente tendrán un corte imperativo y responderán más a un 'deber ser' que a las posibilidades concretas de transformación.

En definitiva, esta investigación fue escrita desde una perspectiva antipunitivista: sin anular, sin cancelar, sin pensar en soluciones mágicas que implican más violencia, sin el facilismo de depositar todas las miserias en un sector determinado. Pero también creo necesario alejarse de posiciones condescendientes, que tienden a connotar positivamente prácticas que generan mucho sufrimiento a propios y ajenos. Para esto, propongo un primer capítulo que da cuenta de la historia de la investigación y las decisiones metodológicas que tuvo, poniendo allí parte de una experiencia laboral que, además, me marcó mucho en términos personales. En el segundo capítulo me propongo recuperar los sentidos, significaciones y características de las prácticas de violencia entre jóvenes varones en Playa Norte. En el tercer capítulo ahondaré en la construcción de masculinidades de estos jóvenes y su relación con el ejercicio de la violencia. Finalmente, en las consideraciones finales haré un racconto de lo expuesto para, lejos de pretender llegar a una conclusión cerrada con respecto al tema, abrir a futuros trabajos y debates.



CAPÍTULO

1

Un mudo con tu voz y un ciego como yo

Historia de la investigación y decisiones
metodológicas

1 ¿Por qué estudiar la violencia entre jóvenes varones?

Mi interés e interpelación por el tema de investigación proviene, principalmente, de dos fuentes de contacto con el mismo. Por un lado, su condición de tema central en la agenda pública, mediática, estatal, generalmente conceptualizado como un tema de 'seguridad'. Por otro lado, a través de una experiencia laboral personal que fue un insumo central para esta tesina.

La violencia ejercida por jóvenes varones ocupa un lugar central en la agenda pública actual. Pegoraro (2002) señala que este tema, a partir del advenimiento y profundización del neoliberalismo en la década del '90 fue adquiriendo cierta autonomía y una visibilidad creciente. Esto, en palabras del autor, se debe a:

“...un modelo de apropiación y distribución regresiva de bienes y servicios que ha victimizado a amplios sectores de esta franja etaria, en especial a los de bajos recursos, expulsándolos del ámbito escolar y del trabajo, sumiéndolos en la degradación y la miseria, produciendo una inequidad social mayor y más amplia que hace unas décadas atrás.” (pp.277).

Es a partir de esta inscripción histórica que ahondaré en el tema de la violencia entre jóvenes a lo largo de toda la tesina. De otro modo, abordarlo sin tener en cuenta las consecuencias del neoliberalismo, no haría más que contribuir a la individualización, estigmatización, culpabilización y demonización del sector.

El vasto abanico de prácticas juveniles que pueden adjetivarse como violentas van desde sangrientos homicidios individuales, femicidios, trifulcas colectivas en diferentes ambientes, usos instrumentales para delitos contra la propiedad, entre muchas otras. Este repertorio de prácticas suele ser significado –por medios de comunicación, algunos sectores estatales, entre otros- desde una supuesta irracionalidad, barbaridad o brutalidad, vacía de sentido, acentuando sus componentes espectaculares y, en la mayoría de los casos, crueles.

En esta tesina me propongo aportar a la superación de este tipo de lecturas lineales, abonando a la comprensión de sentidos, regulaciones, representaciones y legitimaciones que subyacen a este tipo de prácticas –en el espacio/tiempo/población donde sitúo mi trabajo-, en concordancia con el desafío que plantea el antropólogo Garriga Zucal (2005) para quienes investigan la violencia desde las Ciencias Sociales:

“La tarea de los investigadores sociales es descubrir aquellos significados que parecen incoherentes y arbitrarios, revelando el trasfondo de coherencia que existe en el comportamiento de los agentes. En este sentido, la violencia debe ser interpretada como una construcción cultural que tiene distintas fisonomías según las prácticas y representaciones que la nutren de significación (...) una acción con igual sentido que otras acciones sociales” (pp.2/3).

La violencia se presenta entonces como un concepto en disputa por sus diversas valoraciones, profundamente polisémico e inabarcable en términos absolutos, es decir, que no se puede establecer una definición universal válida para todas las prácticas, conductas y fenómenos que pueden ser catalogados como violentos. Por lo tanto, en esta primera instancia explicitaré a qué se hará referencia como violencia a lo largo de este trabajo. Referiré aquí a la violencia altamente lesiva (Cozzi; 2013), es decir, a las agresiones físicas concretas que resultan letales o con intencionalidad y

potencialidad letal. De aquí en adelante, siempre que se mencione el concepto de violencia se referirá a la violencia física –letal o que podría serlo- ejercida por jóvenes varones de sectores populares urbanos. Vale aclarar, además, que esta violencia debe pensarse en relación a otras prácticas, discursos y consumos, como parte constitutiva de ciertas pertenencias identitarias.

Como dije, en la provincia de Santa Fe, la violencia ejercida por jóvenes –generalmente de sectores populares- es un tema central de la agenda pública. Los procesos que hacen que este tema esté en agenda son complejos, diversos y tienen diferentes racionalidades e intencionalidades que no son objeto de esta tesina. No obstante, este trabajo se propone ahondar en las relaciones entre la violencia y las prácticas de jóvenes varones, y esta relación conceptual no es casual ni arbitraria, tiene un anclaje fáctico que se traduce, entre muchos otros indicadores, en números concretos.

Parto de la base de que el abanico de prácticas y discursos que propongo estudiar son amplios, diversos y, al menos con los instrumentos actuales, se presentan 'escurridizos' para las estadísticas o cualquier intención cuantificadora. Por este motivo, utilizaré aquí cifras provinciales¹ de homicidios y heridos por arma de fuego, solo como una 'cara' del tema (quizás la más espectacular), con el fin de graficar y dimensionar las relaciones conceptuales entre violencia, juventudes y masculinidades y su implicancia pública; no obstante, vale aclarar que no van a ser objeto de análisis en sí mismo.

Además, estas estadísticas que a priori se presentan como frívolas, van a servir de contextualización general de esta tesina, es decir, inscribiré los procesos que trabajaré y expondré luego de forma situada en una dinámica de procesos sociales más amplia y general. En otras palabras, estos datos sirven para enmarcar un trabajo etnográfico que, por definición, reconoce las particularidades y regulaciones situadas.

Según cifras del Ministerio Público de la Acusación (en adelante MPA) en trabajo conjunto con el Ministerio de Seguridad provincial, solo en el año 2020 hubo 345 homicidios en el territorio provincial, con números que fueron variando en los años precedentes, aunque nunca dejaron de ser alarmantes: 307 en 2019, 322 en el 2018, 265 en el 2017, 354 en el 2016, 391 en el 2015 y 416 en el 2014.

Los datos provinciales del MPA evidencian una predominancia de las víctimas varones, aunque con un aumento en los últimos años de las víctimas mujeres. Si bien son muchas las variables a tener en cuenta para la conformación de este dato, me interesa particularmente señalar la violencia extrema entre varones y su incidencia en el número final. Teniendo en cuenta que casi la totalidad de los homicidios son perpetrados por varones, estos datos son un indicador para dimensionar la incidencia del dispositivo de masculinidad en relación a la violencia, en consonancia con la construcción del problema de esta tesina.

¹Estas cifras se extrajeron de los informes estadísticos oficiales del Ministerio Público de la Acusación y del Min. De Seguridad provincial y se actualizan cada seis meses. Estas fueron publicadas en Noviembre y Diciembre del 2020.

		Mujeres	Varones
2014	Frecuencia	34	427
	%	7,4	92,6
2015	Frecuencia	43	389
	%	10	90
2016	Frecuencia	46	336
	%	12	88
2017	Frecuencia	55	249
	%	18,1	81,9
2018	Frecuencia	50	307
	%	14	86
2019	Frecuencia	49	287
	%	14,5	85,5
2020	Frecuencia	43	302
	%	12,5	87,5

FUENTE: MPA/ Min. Seguridad 

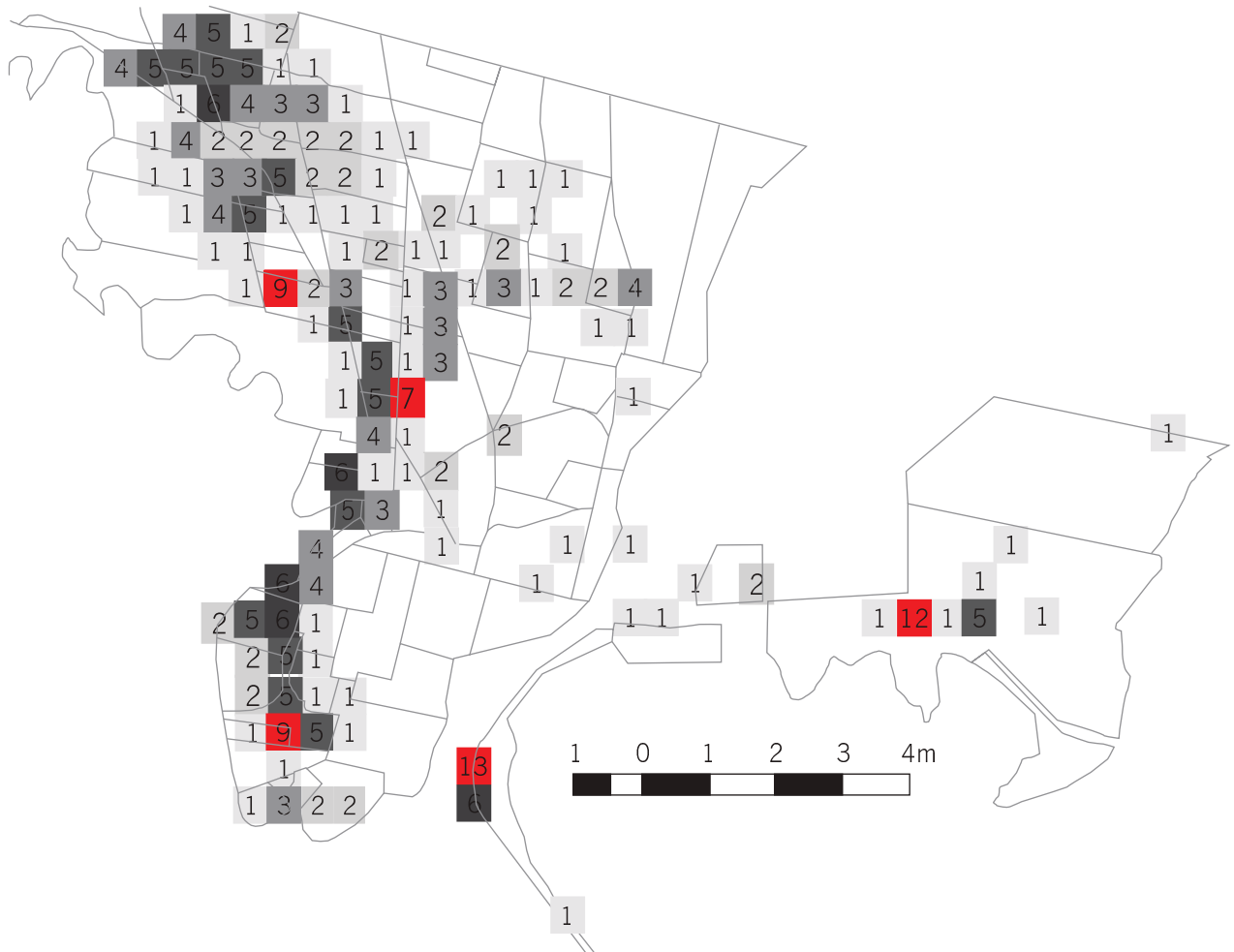
En relación a las modalidades de estos homicidios, se aprecia una clara supremacía de las armas de fuego en primer lugar, y las armas blancas en segundo lugar, como instrumentos predilectos. Estos datos resultan oportunos para analizar el carácter expresivo, espectacular y violento de estos homicidios.

	2014	2015	2016	2017	2018	2019	2020
	%	%	%	%	%	%	%
Armas de fuego	70,2	69,9	71,4	67,2	68,9	65	70,2
Armas blancas	20,4	18,7	17,8	17,9	16,5	17,5	17,1
Otros medios	8,9	11,3	10,2	13,9	14,6	16,3	11

FUENTE: MPA/ Min. Seguridad 

Vale agregar que si bien la violencia lejos está de ser monopolio de sectores populares, adquiere determinadas fisonomías y leyes propias en estos sectores, tal como plasmaré luego en el desarrollo sobre Playa Norte. Esto se visibiliza, por ejemplo, en los datos de heridos de arma de fuego (personas

que ingresaron a efectores de salud heridos por arma de fuego y no fallecieron), que en el del 2020 en la Ciudad de Santa Fe fueron un total de 323. Según datos construidos por el Ministerio de Seguridad de la Provincia de Santa Fe, la mayoría de los heridos por arma de fuego provienen del cordón oeste de la ciudad, caracterizado por su 'postergación', aunque con varios casos también en el noreste y en ciertos sectores de la costa con similares características.



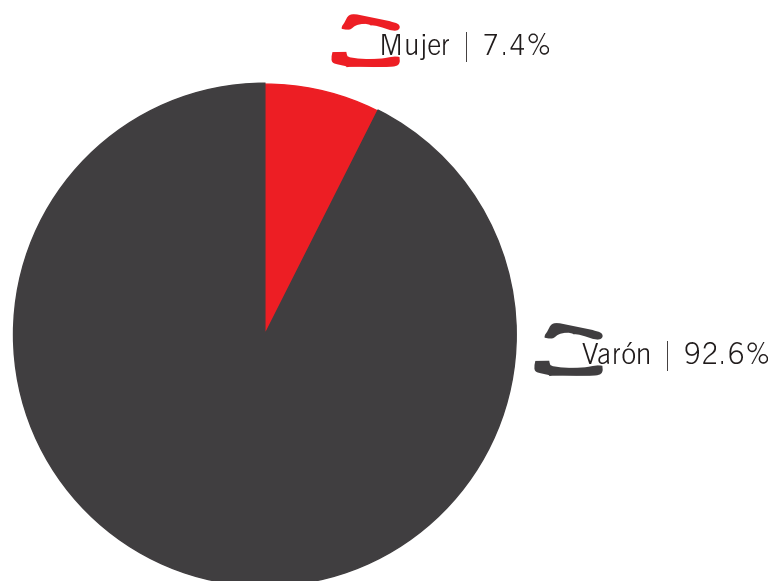
Distribución territorial de Heridos por Arma de Fuego en Ciudad de Santa Fe. Año 2020 (Enero a Noviembre)

FUENTE: MPA/ Min. Seguridad 

También, a raíz de la distancia de la distancia entre el episodio causante de la herida de arma de fuego y el domicilio de las víctimas, se puede inferir el carácter intra-barrial, local y próximo del ejercicio de la violencia.

Distancias en metros	Cantidad	%
0 a 500 Metros	156	48.3%
500 a 1000 Metros	36	11.1%
1000 a 1500 Metros	18	5.6%
1500 a 2000 Metros	19	5.9%
2000 a 2500 Metros	5	1.5%
2500 a 3000 Metros	10	3.1%
Más de 3000 Metros	79	24.5%
TOTAL	323	100%

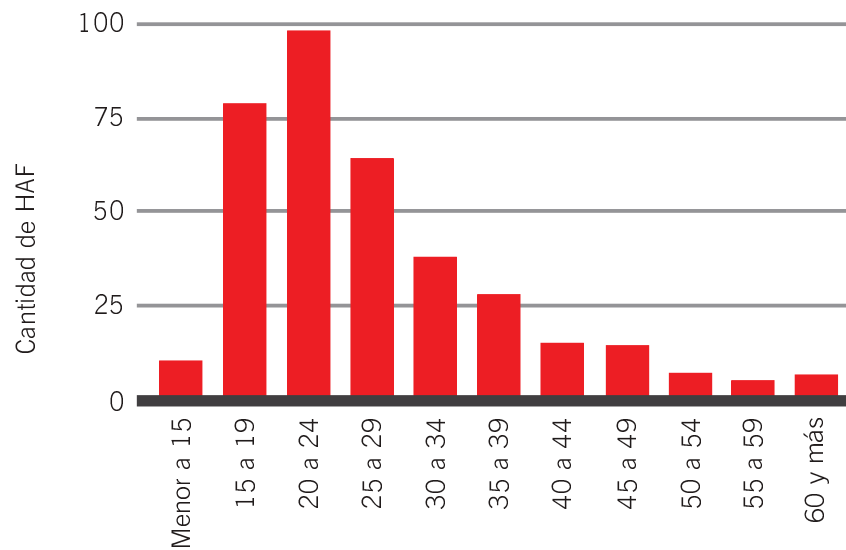
Siguiendo con los datos de la ciudad en cuanto a los heridos por arma de fuego, se puede identificar una coincidencia con la tendencia a los homicidios provinciales anuales en cuanto al género.



Porcentaje por género de Heridos por Arma de Fuego en Ciudad de Santa Fe. Año 2020 (Enero a Diciembre)

FUENTE: Ministerio de Seguridad Provincia de Santa Fe. 

Un último dato a señalar tiene que ver con la edad de los heridos por arma de fuego. Las estadísticas del Ministerio de Seguridad de Santa Fe revelan que en la Ciudad de Santa Fe, la mayoría de los heridos por arma de fuego son jóvenes menores de 30 años.



Distribución por edad de Heridos por Arma de Fuego en Ciudad de Santa Fe. Año 2020 (Enero a Noviembre)

FUENTE: Ministerio de Seguridad Provincia de Santa Fe.

Estos datos, como dije anteriormente, objetivan y dan contexto a episodios, prácticas y discursos a los que accedí en primera mano y me han resultado de gran interés.

En los años 2018 y 2019 trabajé, en el marco del Programa Provincial Nueva Oportunidad², en el Barrio Playa Norte donde establecí un vínculo laboral y afectivo con los jóvenes, a los que observé en el 2020 en mi trabajo etnográfico. En Playa Norte había dos grupos del programa, uno en la parte sur y otra en la parte norte, donde yo era uno de los dos referentes. Esta experiencia estará en diálogo con toda la tesina ya que se puede decir que es 'desde donde escribo'.

En esta instancia, me interesa resaltar la importancia que tuvo esta experiencia laboral en mi interés por el tema de investigación. En las diferentes conversaciones, encuentros y actividades propias de un programa que se proponía trabajar en la dimensión subjetiva de jóvenes expulsados de las instituciones formales a través de vínculos, el tema de la violencia entre jóvenes varones era recurrente. Los pibes del pasillo³ relataban episodios de violencia con jóvenes de la parte sur del barrio o de otros barrios con mucha regularidad. Estos contrincantes eran definidos como 'la bronca'⁴ y aparecían constantemente en el anecdotario, delimitaban los espacios físicos de circulación de los mismos pibes y también eran significados negativamente por compañeras y familiares de los jóvenes varones, moldeando todos los discursos y temas de conversación que circulaban en los talleres. Fundamentalmente, lo que llamó mi atención fue percibir que la violencia entre estos jóvenes tiene sus regulaciones, sus tiempos, sus legitimaciones, sus códigos, que pueden adscribirse en una

²El programa funcionó entre los años 2013 y 2019 en el territorio provincial (con variabilidad de aplicación según la localidad) y era dependiente del Ministerio de Desarrollo Social y del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe. Ofrecía a jóvenes de entre 15 y 30 años con trayectorias educativas y laborales irregulares, en su mayoría de barrios populares, capacitaciones laborales en oficio y espacios de "tercer tiempo" donde se trabajan diferentes temáticas en relación al fortalecimiento subjetivo de los jóvenes. Cada taller de oficio era anual y participaba un grupo de aproximadamente 12 jóvenes, cuenta con uno o dos referentes y un capacitador en oficio, además de haber equipos de coordinación por zonas, quienes se encaraban del acompañamiento de los jóvenes en sus diferentes problemáticas.

³En adelante, haré referencia de este modo a los jóvenes de la parte de Playa Norte con quienes realicé mi trabajo de campo. El nombre es utilizado para facilitar la lectura y escritura de este trabajo, no obstante, se trata de un nombre ficticio, no es como los jóvenes se llaman a sí mismo en tanto grupo.

⁴En adelante, usaré este término nativo para hacer referencia a otros jóvenes con los cuales los pibes se enfrentan en episodios de violencia.

particular forma de habitar la masculinidad en esa situación. El carácter constante, extendido entre los jóvenes y hasta algo 'esotérico' para quienes no compartimos determinados códigos barriales es lo que me motivó a profundizar en el tema, primero para intervenir y evitarlo, después para investigarlo y entenderlo.

En definitiva, es partir de estas dos fuentes –agenda pública y experiencia laboral– que surge mi interés por el tema de la violencia entre jóvenes varones y, por consiguiente, este trabajo de tesina. Aquí me propongo, como objetivo general, analizar la violencia de jóvenes varones en relación con la construcción de masculinidad en el Barrio Playa Norte de Santa Fe, en el período 2018 - 2020. En particular, intentaré reconocer el repertorio de la violencia física entre juntas de jóvenes varones; conocer los significados otorgados por los jóvenes a dicha violencia, sus regulaciones y legitimaciones; identificar los sentidos que los jóvenes varones le dan a la masculinidad, como los manifiestan y cuáles son las formas de habitar la masculinidad en su contexto; y, comprender las relaciones entre estas formas de habitar la masculinidad y las prácticas de violencia entre jóvenes varones.

2 *¿Cómo estudiar la violencia en el medio de una pandemia?*

2.1 *Estrategia metodológica.*

La finalidad de esta investigación es recuperar e interpretar las experiencias, significaciones y discursos de los jóvenes en relación a la tema de estudio. En este sentido, parto de la premisa de realizar una investigación cualitativa, que "...es aquella donde se estudia la calidad de las actividades, relaciones, asuntos, medios, materiales o instrumentos en una determinada situación o problema" (Vera; 2008; pp.1).

Puntualmente, dentro del amplio espectro de las herramientas de la investigación cualitativa, me propuse realizar un trabajo etnográfico ya que el mismo permite, siguiendo a Renata Tesch (1941) en Scribano (2008) "...clasificar e iluminar la organización y distribución social de las significaciones subjetivas como campos de las realidades, originarios y diversos"(pp.24), estando en relación con quienes se investiga y catalogando sus formas e interrelaciones en el tiempo y espacio.

Pablo Sandoval López, en Restrepo (2016), sintetiza el quehacer etnográfico: "...implica involucrarse durante un lapso de tiempo en todas las actividades de las personas y grupos estudiados, vincularse en el propio lugar (o lugares) en donde se despliegan las relaciones sociales, y así lograr captar las lógicas y estrategias de los propios actores sociales" (pp.12). Como indica el autor, la etnografía tiene la potencialidad de acceder 'de primera mano' a una determinada realidad. En lo que concierne al estudio de las violencias, como es el caso de esta investigación, Garriga Zucal

(2020) agrega: “El abordaje etnográfico nos nutre de herramientas para aportar a esta reflexión analizando la diversidad de nociones de violencia legítimas, las interpretaciones de la muerte, y la valoración social del sufrimiento” (pp.20).

En este sentido, el tema que me propongo investigar, la violencia ejercida entre jóvenes varones en sectores populares, conlleva una serie de dificultades ‘prácticas’ para abordarlo de forma directa. Es decir, para tener un espacio sostenido en el tiempo con los jóvenes que me permita generar un vínculo, accediendo a sus experiencias y discursos, sin despertar susceptibilidades ni sospechas, observando comportamientos donde mi presencia influya lo menos posible (acuerdo con que la presencia del investigador indefectiblemente genera algo), y además asegurando mi integridad personal, el acercamiento debe hacerse en el marco de una dinámica ya presente en el territorio.

2.2 *Historia natural de la investigación*

Sarlé (2003) plantea que:

“La historia natural de la investigación es el relato que el investigador hace de los acontecimientos, sucesos, marchas y contramarchas que fueron sucediéndose a lo largo del proceso investigativo. Esta historia devela la forma en que recolecto sus datos, analizó la información cualitativa y le fue dando nombres a las clases. Al mismo tiempo, el relato va describiendo las decisiones tomadas y el recorrido que le permitió relacionar unas categorías con otras y construir el denso tejido que constituyen su argumentación conceptual.” (pp. 28)

En este aspecto, es preciso describir algunos procesos que, sobre el interés mencionado anteriormente, fueron edificando y dando cuerpo a la presente investigación.

2.2.1 *Primer diseño de investigación*

Cuando empecé a delinear la estrategia metodológica y darle forma a este proyecto de investigación, en la primera mitad del año 2019, el contexto era muy diferente al actual en todas las escalas: global, regional, nacional, provincial y a nivel de la ciudad. En ese momento, me había propuesto realizar el trabajo de campo con jóvenes del barrio La Vía Muerta -en el distrito de la Costa, Ciudad de Santa Fe-, participantes del ex programa provincial Nueva Oportunidad. Al indagar, trabajadores del programa me comentaron que la Vía Muerta cumplía con ciertas condiciones sobre mi tema de estudio: frecuencia de episodios de violencia entre jóvenes varones. Llegué a tener contacto con algunos referentes territoriales que me brindaron su apoyo para realizar la investigación y acompañarme en el proceso.

Así, acorde a los objetivos de esta investigación, planteé en el diseño de la tesina una estrategia

metodológica de carácter cualitativo. En un primer momento, proponía realizar observación participante en los talleres de los jóvenes -en el marco del programa mencionado- por un lapso de aproximadamente dos meses. En un segundo momento, iba a realizar entrevistas en profundidad con algunos jóvenes en particular. El criterio de selección de entrevistados se daría a partir de la evaluación de la etapa metodológica anterior y las recomendaciones de informantes claves que serían los referentes territoriales o del programa.

No obstante, como se dijo, a fines de 2019, hubo cambios de gestión en los ejecutivos nacionales, municipales y provinciales. Es éste último el que repercutió de forma más directa en el desarrollo de mi tesina. Si bien mi objeto de estudio nunca estuvo sujeto -al menos de forma determinista- a los cambios políticos/institucionales que sucedieron en el 2019, sí creía en la necesidad del encuadre institucional por lo que propuse basar la factibilidad de mi trabajo de campo en el programa mencionado, pero sus talleres no empezaron en el año 2020 ya que el nuevo ejecutivo estaba diseñando un programa que lo reemplazaría.

Además de estos cambios institucionales, el contexto actual de pandemia del Covid-19 a nivel mundial y de emergencia sanitaria a nivel nacional con distanciamiento social preventivo y obligatorio, imposibilitaron establecer tiempos en relación al trabajo de campo presencial.

Estos determinantes contextuales hicieron que en el 2020 desestime esta posibilidad, barajando otras alternativas.

2.2.2 Redefinición y rediseño

Por lo expuesto decidí redefinir la unidad de estudio y unidad de análisis de esta Tesina⁵ y hacerlo con jóvenes de Playa Norte que, como he adelantado, ya conozco por haber trabajado dos años con ellos. Si bien esta posibilidad no me terminaba de convencer dado mi vínculo de afecto genuino para con los jóvenes, después de recibir consejos y debatir con el director de esta tesina, docentes y compañeros/as, me decidí a realizarla con ellos.

Este cambio tiene dos posibilitadores que resultaron claves. En primer lugar, ya tenía contacto directo con los jóvenes con quienes realicé mi investigación, por lo cual pude prescindir del encuadre institucional que, de realizarla en cualquier otro lado, resultaba sustancial. Por otro lado, los vínculos que construí en el barrio con familiares, vecinos y vecinas y compañeras de los jóvenes me permitieron incorporar algunos elementos a la investigación que considero enriquecedores.

Este nuevo escenario también hizo que modifique el uso de instrumentos de investigación. Así, planteé en una primera instancia un trabajo de recuperación de mi proceso laboral con estos jóvenes en 2018 y 2019. Esta recuperación no es solo memorística, sino también de algunos documentos, archivos, fotos de esta experiencia.

⁵Siguiendo a Guber (2013), refiero a la unidad de análisis como los actores y sujetos de investigación, y a unidad de estudio al ámbito espacial donde se desarrollará el trabajo de campo.

3 Playa Norte. Breve presentación del territorio.

Playa Norte es un pequeño barrio popular⁶ al noreste de la Ciudad de Santa Fe -por calle Riobamba pasando Av. French- en el que actualmente viven cerca 120 familias en aproximadamente 400mts².



FUENTE: Elaboración propia en base a Google Maps

⁶Acorde a la definición oficial de la Secretaría de Integración Socio-Urbana perteneciente al Ministerio Nacional de Desarrollo Territorial y Hábitat, “se considera Barrio Popular a los barrios vulnerables en los que viven al menos 8 familias agrupadas o contiguas, donde más de la mitad de la población no cuenta con título de propiedad del suelo ni acceso regular a dos, o más, de los servicios básicos (red de agua corriente, red de energía eléctrica con medidor domiciliario y/o red cloacal)”. Playa Norte cumple estas condiciones con creces.

El barrio tiene una historia de más de 20 años de resistencia sobre intentos de desalojo por estar en 'terrenos privados' –y ser una zona fértil para la especulación inmobiliaria. A lo largo de estos años fue fundamental la presencia de organizaciones sociales, actualmente están Tramas Derecho en Movimiento, Canoa hábitat popular y Manzanas Solidarias. Esta última sostuvo un trabajo con niños, niñas y adolescentes en el barrio desde el año 2001, auspiciando de protección de derechos en muchos casos, por lo que sus militantes fueron fuentes de consulta permanente a lo largo de este trabajo.

Si bien desarrollar esta historia de resistencias sería tema de otra investigación, quiero hacer especial mención al no reconocimiento estatal –principalmente desde el Municipio de Santa Fe- ya que también repercute en la escasez de instituciones que trabajan en el barrio, lo cual, como desarrollaré en los próximos capítulos, sí repercute en mi tema de investigación.

La única institución que funciona 'dentro' de barrio, sobre calle Riobamba, es un destacamento de policías dependiente de la Comisaría 8va. Está ubicado prácticamente al frente del pasillo donde realicé mi trabajo de campo. Su presencia en el barrio opera fuertemente tanto discursiva como fácticamente, aunque no siempre con coherencia entre lo latente y lo manifiesto, es decir, operando muchas veces de forma contradictoria entre su función institucional y su ejercicio concreto en el territorio. Por otro lado, a una cuadra y media del límite sur del barrio, cuando Av. French se topa con la laguna Setúbal, está el Centro de Salud. Este es mencionado por los jóvenes como 'dispensario' y cuenta con lo mínimo e indispensable para un funcionamiento meramente receptivo y solo atendiendo las enfermedades físicas, es decir, no tiene Trabajadores Sociales, ni psicólogos, solo enfermera, médica clínica, odontóloga y pediatra. Por último, a dos cuadras ya en Barrio Bajo Judiciales, está la Escuela N°21 Pedro de Vega (Jardín de infantes y escuela primaria), donde fueron casi todos los jóvenes –del grupo que estudio y de casi todo el barrio.

A su vez, a toda la precariedad en términos de vivienda, hábitat e institucionalidad estatal, se le agrega el contraste con el entorno. Playa Norte se ubica en una de las zonas más opulentas de la ciudad lindando y compartiendo calle con seis grandes caserones que ocupan su misma superficie y uno de los barrios históricos más favorecidos de la ciudad, Guadalupe Este.

4 Nueva Oportunidad 2018/2019: un poco más que solo una fuente de interés.

Como mencioné anteriormente, mi experiencia laboral es fundacional de esta investigación y, además, un insumo clave para la misma.

Empecé a trabajar en Playa Norte a fines de marzo de 2018 como referente en el marco del programa Nueva Oportunidad. Me tocó acompañar en actividades cotidianas y en diferentes contingencias que iban surgiendo a los jóvenes –varones y mujeres- de la parte norte del barrio: los pibes del pasillo (con quienes realicé esta investigación) y los de pasando el terraplen⁷. El grupo fue cambiando y pasaron aproximadamente 25 jóvenes del barrio por el taller en los dos años.

⁷ Al norte del terraplen que divide el barrio vive otro grupo de jóvenes, cuya relación con los pibes del pasillo es inestable, por momentos comparten instancias de recreación y por momentos se identifican mutuamente como broncas. En los dos meses de trabajo de campo de esta investigación se daban periódicamente episodios de violencia entre ambos grupos.

En 2018, el taller fue de capacitación en huertas, iban cerca de 20 jóvenes en total, construyendo una huerta orgánica de 25mts² donde antes había un basurero. No sin dificultades, trabajar en el territorio me permitió generar vínculos con los jóvenes y sus entornos, potenciando nuestro trabajo en muchos aspectos.

En 2019, el taller fue de cocina en “El Alero”, un espacio provincial que queda a unas 10 cuadras de Playa Norte en barrio Coronel Dorrego. Tres veces por semana los buscaba una tráfico y llevaba a los jóvenes hasta la institución. Esta escisión entre el taller y el territorio devino en algunas deserciones del taller ya que les molestaba mucho salir del barrio, por problemas de broncas, por miedo a dejar la casa sola, porque no querían llevar a hijos e hijas o no tenían quién se los cuide, entre otros motivos esgrimidos.

En ambos años Caro⁸, una mujer del barrio que los conoce a los jóvenes desde que nacieron, fue la otra referente del grupo. A fin de 2019, cuando se estaba terminando el año y la gestión que impulsaba el programa, nos pidieron una suerte de evaluación en varios aspectos, uno de ellos el grupal y sosteníamos que:

“El grupo con el que fuimos laburando fue cambiando mucho desde abril/mayo del año pasado hasta hoy por cuestiones ajenas al taller (judiciales, violencia de género, mudanzas del barrio, etc.). En los momentos que pudimos establecer un grupo fijo los pibes identificaron los talleres como un espacio alegre, donde se podían distraer, y fueron aprendiendo cosas. Y la modalidad de grupo permitió que puedan encontrar cosas en común con gente que no compartían mucho a pesar de vivir en el mismo barrio. Aún en los momentos que el grupo estuvo estable, hubo muchos momentos de peleas por cuestiones del cotidiano del barrio que se evidenciaban en el taller. La modalidad de grupo creemos que tiene la potencialidad de invitar a los jóvenes a pensar – y pensarse- de forma colectiva en su vida y en los procesos que van transitando. Esto en algunos aspectos se pudo hacer efectivamente.” (Registro de evaluación del Programa 2018/2019)

Como se ve en esta evaluación, la presencia en el barrio y en los talleres de los jóvenes era inestable ya que es usual que se vayan del barrio unas semanas o meses y vuelvan. En muchos casos los motivos de esta realidad dinámica eran los propios comportamientos que me propongo estudiar en esta tesina: broncas que se tornaban intolerables, persecuciones policiales o circunstancias legales.

Como mencioné anteriormente, en diciembre de 2019 yo había tomado la decisión de dejar de trabajar en el barrio. Si bien el futuro del programa era incierto hasta entonces, consideraba que lo mejor era cortar este proceso con los jóvenes después de casi dos años de trabajo. Fueron dos años de mucho aprendizaje, pero también mucho agotamiento físico/mental/emocional, por lo que preferí quedarme con la buena relación con ellos y la posibilidad de acompañar desde otro lugar, no tan cotidiano ni en un marco laboral.

La recuperación de estos años de trabajo no se agota en esta breve descripción, sino que fue un insumo central que usé a lo largo de esta tesina, recuperando también voces de compañeras de trabajo.

⁸Todos los nombres propios utilizados para mencionar personas del barrio son ficticios.

4.1 “Nosotros somos los pibes del pasillo, va a arder Playa Norte”⁹.

Esta investigación se realizó con 'los pibes del pasillo', un grupo de jóvenes que viven dentro de la parte norte del barrio en el pasillo antes de llegar al terraplen (yendo de sur a norte). Ellos, en su mayoría familiares entre sí (hermanos, cuñados, primos), son quienes más episodios de violencia con otros grupos de jóvenes (casi siempre con 'los de adelante' y eventualmente también con 'los del otro lado del terraplen'), menos posibilidad de circulación tenían y, a su vez, quienes más conflictos entre ellos mismos tenían. Era común llegar y que estén discutiendo o peleando por algún motivo, aunque rara vez esas peleas escalaban en conflictos más graves o perduraban en el tiempo. Estas características hacían que, en voz de diferentes actores del barrio (otros vecinos, personal del centro de salud, policial y hasta de organizaciones sociales), les quepa el mote de 'problemáticos'. Debido a este dinamismo, es difícil establecer un número concreto de jóvenes. No obstante de quienes sean los que estén en el barrio, el mote de problemáticos no variaba ni tampoco había un correlato de esto en el cese de la violencia, y es de las cosas que más me llamó la atención.

Si bien profundizaré en estos aspectos en el próximo capítulo, lo que me interesa particularmente señalar aquí es que por estos motivos siempre que hable de los pibes del pasillo no voy a ahondar en individualidades ni nombres propios, pero haré referencia a aproximadamente 5 jóvenes¹⁰ que se mantenían en esas viviendas, ligados a una familia puntual, que habitualmente protagonizaban episodios de violencia.

5 *Vuelta al campo: Observación participante.*

5.1 *Reencuentro con los jóvenes. Cambio de escenario.*

Paralelamente al necesario rediseño de mi investigación, en marzo del 2020, retomé contacto con los jóvenes con los que realicé mi investigación a través de mensajes¹¹. Esos contactos fueron periódicos y derivaron en una insistente invitación a que los 'vaya a visitar'. En estos mensajes los jóvenes me comentaban que estaban por empezar a limpiar un terreno para realizar una huerta y que les gustaría que vaya a ver y a ayudarlos de vez en cuando.

Este nuevo escenario en mi investigación me puso en un 'brete metodológico'. Consideraba que la invitación representaba una oportunidad de acercamiento, enmarcado en una tarea, que permitiría un diálogo fluido. No obstante, en ese momento aún no tenía preparada la nueva estrategia metodológica, por ende accedí a ir a un primer encuentro para comentarles un poco más en profundidad sobre la investigación que habíamos pautado.

⁹Frase extraída del registro de campo, acuñada por uno de los jóvenes para hablar de jóvenes de otra parte del barrio.

¹⁰El número tiene una razón de ser. En palabras de uno de los pibes: 'no da quedarse regalados a la bronca cuando están barderos, por lo menos 3, 4 o 5 tenemos que ser' (Observación Participante, Julio 2020). Si bien este número puede variar, en los momentos donde los episodios de violencia son más asiduos, los jóvenes tienen en claro que deben estar en el barrio.

¹¹Estos intercambios forman parte del registro de mi trabajo de campo y fueron un insumo utilizado a lo largo de la tesina.

En ese primer encuentro, durante los primeros días de junio del 2020¹², aparte de ser muy bien recibido por todos y todas en el barrio, pude aclararles bien de qué se trataba la investigación, qué era lo que yo pretendía de la misma y que luego les diría cómo quería que me ayuden a realizarla. Se mostraron entusiasmados y contentos de ayudarme.

Pero, además, en este encuentro también percibí varios cambios en el barrio que implicaron nuevas decisiones respecto a mi investigación. La foto del barrio con la que me había ido ya no era la misma. Entre estos cambios, los más significativos fueron que había un joven nuevo en el pasillo y participe de la limpieza del terreno (y también de los episodios de violencia que se estaban desarrollando habitualmente en el barrio) y la presencia de un 'nuevo narco'¹³ que es amigo de los jóvenes junto con quienes desarrollaría mi investigación. A partir de estos dos elementos, si bien era prematuro aseverar relaciones deterministas en ese momento, tenía fundadas sospechas que podían aportar nuevas variables a tener en cuenta para mi investigación.

5.2 Observación Participante

Por estos motivos, decidí reincorporar la observación participante como instrumento central de investigación. La misma, siguiendo a Guber (2001) en Restrepo (2016) "...consiste en dos actividades principales: observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno del investigador, y participar en una o varias actividades de la población" (pp.57). Así, la limpieza del terreno resultó una excelente excusa para aplicar este instrumento. Les comenté a los jóvenes que me gustaría ir 'cada tanto' a ayudarlos en la limpieza de la huerta, dejando en claro que mi presencia allí se daba en el marco de mi investigación, y accedieron. Esto me permitió realizar observaciones con los jóvenes, estando en tarea y sin ningún enmarque institucional que inhiba posibles comentarios, actitudes y comportamientos que resulten provechosos para mi investigación, ni tampoco obstrucciones burocráticas de tipo institucional.

Jorgensen (1989) en Miguel Valles (2000) afirma que la observación participante es apropiada cuando: "a) Se sabe poco sobre los fenómenos que hay que estudiar. b) Hay grandes diferencias entre los puntos de vista de los miembros y el de los ajenos (grupos étnicos, subculturales o contraculturales; por ejemplo, inmigrantes, minorías étnicas, vanguardistas). c) El fenómeno se oculta a la luz pública (comportamientos al margen de la ley o condenados socialmente; delincuencia, drogadicción, sectarismo)." (pp.160). Agrega el propio Valles (2000) que "...la observación participante es adecuada, sobre todo, en estudios exploratorios, descriptivos y aquellos orientados a la generación de interpretaciones teóricas; reconoce su menor utilidad para probar teorías aunque no así para su examen crítico" (pp.161).

La 'reincorporación' de la observación participante en mi proceso de tesina, pero sobre todo, la necesidad de volver al campo desarrollando estrategias de producción de información que tengan en cuenta las perspectivas de los jóvenes, responde a algunas líneas esbozadas por los autores. En primer lugar, entiendo, desde un enfoque propio de las teorías de las subculturas¹⁴, que las diferencias

¹²En esta fecha y en los dos meses que duró mi trabajo de campo, no hubo casos de Covid19 en la Ciudad de Santa Fe.

¹³Si bien puede resultar polémico el mote narco dado que se trata de un vendedor de drogas en menor escala, así es como llamaban los vecinos y los mismos jóvenes.

¹⁴ Siguiendo los planteos de diferentes autores (Matza & Sykes, 1961; Cohen, 1955) se puede definir esta teoría como aquella que ubica el foco en el carácter y los orígenes culturales del comportamiento desviado o delictivo de determinados grupos poblacionales. En el próximo capítulo ahondaré con mayor profundidad en esto.

entre mis visiones como investigador y las representaciones sobre sí mismos y sus comportamientos que tienen los jóvenes, ameritan promover la mayor cantidad posible de instancias de contactos e intercambio para aprehender los sentidos de las acciones y no hacer adjudicaciones falaces e impuestas.

En segundo lugar, el objeto de estudio, la violencia entre jóvenes varones de sectores populares, es significado desde diferentes lugares y de distintas formas. En muchos de estos casos, como he señalado en la introducción, incurriendo en linealidades propias de una respuesta rápida, como puede ser la supuesta pertenencia al mercado del narcotráfico o la mera falta de educación/oportunidades de quienes participan en los episodios de violencia. En este sentido y en línea con el motivo anterior, considero que, si bien conozco a estos jóvenes, que ellos hayan puesto en palabras sus significaciones sobre estas prácticas, usualmente controversiales en términos éticos/morales, fue consecuencia de cierta estadía en el territorio evitando que 'se saquen de encima' las preguntas.

En tercer lugar, en mi entender el motivo más potente para decidir la reincorporación del instrumento y la vuelta al campo, es el dinamismo del territorio y cómo repercute en el tema a estudiar. Si bien, como dije anteriormente, es contra fáctico establecer una determinación concreta de algunos cambios que percibí en ese primer encuentro -la presencia de un nuevo joven y la cercanía del "narco" con los jóvenes-, tampoco podía negar su posible incidencia en la configuración de los episodios de violencia y hacer 'como si no existen' dichos cambios. A saber, me propuse estudiar una realidad que es profundamente dinámica, por ende, consideré que no podía ir al territorio solo con el recorte de jóvenes y relaciones que tengo en los registros o recuerdos de años anteriores. Además, como también señalé en la introducción, estos registros no están construidos en clave de investigación, sino de 'intervención', por lo cual los actores y variables donde 'poner el foco' pueden ser diferentes.

Como un último motivo a destacar, entendía que la invitación de los jóvenes no podía dejarse pasar ya que posteriormente no tendría certezas de contar con la misma predisposición para colaborar con la investigación.

De este modo, me propongo hacer dialogar a lo largo de la tesina mi experiencia laboral en Playa Norte con las reflexiones propias del trabajo de esta observación participante.

5.3 Necesaria actualización de percepciones.

Como mencioné anteriormente, a fines del mes de marzo, casi dos meses antes de decidirme a cambiar de unidad de estudio en mi tesina, retomé la comunicación con ellos a través de mensajes con Mercedes, una de las jóvenes que vive en el pasillo, participaba del taller y pudo sostener su proceso en los talleres de forma más constante y, además, es hermana de uno y pareja de otro de los pibes del pasillo.

Paralelo a estos intercambios de mensajes, en conversaciones informales, diferentes actores del barrio con los que seguía hablando me comentaban de la creciente escalada de violencia que se

estuvo viviendo en el 2020. Señalan la presencia de nuevos narcos y de que “los pibes del pasillo andan a los tiros con todo el mundo” (Intercambio de mensajes. Abril 2020). Esta escalada de violencia nunca es mencionada por los jóvenes en los mensajes.

Como relaté antes, de estos mensajes surgió mi cambio de unidad de análisis y de estudio y la idea de hacer un primer encuentro para proponerles que colaboren en la investigación. Entre todas las complicaciones que la pandemia y el ASPO conllevaron, el primer encuentro se dio el 12/06/2020, donde me sorprendió la buena recepción que tuvo mi presencia y mi propuesta a investigar. Así, luego de este acuerdo empecé a ir una o dos veces por semana a ayudar con la limpieza del terreno, pero explicitando que a la vez iba a estar haciendo una investigación y por eso iba a sacar algunos temas para que 'charlemos', aprovechando en la medida que mi presencia en el lugar se vaya naturalizando.

Así, a partir de la fecha empecé a ir dos veces por semana a Playa Norte, aprovechando que en ese entonces prácticamente no había casos de Covid 19 en la ciudad. Fueron poco más de dos meses, un total de 16 encuentros de aproximadamente dos horas, que se vieron interrumpidos por un rebrote de la pandemia en la ciudad que implicaba un riesgo para mí y para los habitantes del barrio. En esos meses la concurrencia de jóvenes a la limpieza de huerta fue mermando, dos de los jóvenes se fueron del barrio por peleas maritales, otros simplemente no tenían ganas, por ende mi estrategia fue no forzar la situación e ir y solo dialogar con ellos. Los últimos encuentros constaban de compartir un desayuno y charlar, que me muestren los cambios en el barrio, las tareas a distancia que los hijos deben hacer para la escuela, e ir mechando con los temas que interesan para mi investigación.

Durante esos meses de observación participante, mi actitud para abordar el tema de violencia y hacer las preguntas fue la del diálogo, escucha y dosificando las conversaciones del tema, sin agotar todas las preguntas en un solo encuentro ni con un solo joven. Muchas veces había hablado del tema con los pibes del pasillo, por lo que desde antes de investigarlo ellos eran conscientes de mi curiosidad –y preocupación- por lo que plantear preguntas estancas podría resultar redundante. Además, al tratarse de prácticas que, parafraseando a Corea y Duschatzky (2001), están por fuera de las fronteras de la palabra, muchas veces poco deliberadas y analizadas, considero fue más enriquecedor registrar lo espontáneo, lo gestual, lo cotidiano en como los jóvenes narran estos episodios y como se refieren a las broncas, además de sus percepciones al respecto. Esta postura de diálogo también me permitió acceder a los pareceres de los jóvenes que no conocía, creando un clima ameno para hablar de un tema habitualmente controversial sin demasiadas inhibiciones.

Después de cada encuentro fui a una plaza cercana a realizar los registros, anotándome, principalmente, las frases que me llamaron la atención –muchas de ellas fueron y serán usadas en este escrito ya que representan una recuperación en primera mano de las percepciones y las formas de narrar de los jóvenes- y mis percepciones al respecto. Es preciso aclarar que usaré la paráfrasis para exponer estos testimonios ya que no se trata de entrevistas ni interacciones grabadas y luego transcritas, más bien, se trata de un matiz entre lo vociferado –y observado- por los jóvenes con mi memoria al momento de anotarlos con el cuaderno de campo. No obstante, respetaré rigurosamente la esencia, el vocabulario, la elección de las palabras –aunque sean de origen soez- y la gestualidad de estos testimonios. En este sentido, para facilitar la lectura vale aclarar que los testimonios de los jóvenes reconstruidos para su exposición en el texto estarán en cursiva, mientras que las anotaciones textuales de mi cuaderno de campo estarán con comillas.

En fin, más allá de la inesperada interrupción del trabajo de observación participante, llegué a comentar varios temas con los jóvenes, apareció su mirada al respecto, hicimos algunas dinámicas para facilitarlos. Quedó un robusto registro que, complementado con anotaciones de cuando trabajaba¹⁵, los intercambios por celular que aún persisten y los sentires de otros actores del barrio, serán analizados a continuación en los próximos capítulos.

¹⁵Si bien no tengo registros de campo diarios, tengo algunas anotaciones, evaluaciones, reflexiones que iba escribiendo y usaré aquí.



CAPÍTULO 2

Unos pocos peligros sensatos

Formaciones subculturales y
despliegue de violencia en Playa Norte

En este capítulo conceptualizaré brevemente formas históricas de entender la violencia urbana –principalmente en países del norte global–, a fin de recuperarlos como antecedentes. Posteriormente, desde un enfoque sub cultural y siempre en clave situada –propio de cualquier trabajo etnográfico–, desarrollaré las implicancias, significaciones y funciones sociales que el ejercicio de la violencia representa en los jóvenes de Playa Norte.

1 Encuadre teórico para el análisis del trabajo de campo.

1.1 ¿Cómo se estudió/entendió históricamente a la violencia?

Desde las ciencias sociales gran parte de los estudios de la violencia urbana provienen de trabajos etnográficos, con un anclaje empírico y localizado. En este sentido, como plantea Daniel Miguez (2006), se pueden encontrar las primeras etnografías sobre violencia urbana en los inicios del Siglo XX por autores de la Escuela Sociológica de Chicago¹⁶. Estos trabajos, en su mayoría realizados en EE.UU. o en potencias europeas, se dan en tiempos de olas inmigratorias promovidas por la industrialización que tenían como consecuencia la conformación de grandes ciudades industriales con habitantes de diversas procedencias, y que, a su vez, su lógica de expansión hacía que la población migrante se concentrara en determinados enclaves urbanos, en general, periféricos.

En estos estudios, la violencia se explicaba como la consecuencia de la concentración espacial de personas con subjetividades, improntas identitarias y culturales muy diferentes y con escasos recursos materiales y simbólicos para llegar a acuerdos entre sí. En palabras de Miguez los episodios de violencia urbana se daban de parte “...de actores moralmente distantes, pero social y espacialmente próximos, que forzados a interactuar entre sí, no poseían sistemas de representación compartidos que acompañaran sus intercambios.” (Miguez; 2006; pp.11).

Es pertinente destacar esta forma de entender la violencia dado que, como se ve, desde sus orígenes las etnografías de las violencias se realizaban en áreas urbanas 'desfavorecidas' por el sistema económico y, además, la violencia era explicada a partir de una idea de caos, desorden, mera reacción por la incompatibilidad de hábitos, ausencia de lazos sociales, afectivos y culturales y la imposibilidad de comunicación. Como he mencionado en la introducción, estas percepciones, de algún modo, siguen vigentes en determinadas competencias estatales y medios de comunicación. Cuestión que tiene relevancia para este estudio, atendiendo la fuerte impronta de ambos -Estado y medios de comunicación- en la configuración de subjetividades juveniles.

Estas perspectivas, años más tarde fueron fuertemente criticadas por sostener un 'sesgo sociocéntrico' de los propios investigadores, ya que enunciaban como una ausencia de valores morales de solidaridad lo que en realidad era la presencia de valores alternativos o diferentes.

¹⁶La Escuela Sociológica de Chicago se refiere al corpus de trabajos que emergieron entre los años 1910 y 1940 especializados en sociología urbana en la ciudad de Chicago, Estados Unidos. Dentro de este corpus de trabajos, Miguez destaca las investigaciones de Wirth [1910] (1965); Shay y Mac Kay (1969).

Entonces, siguiendo con el planteo de Miguez, la aceptación acrítica de los trabajos pioneros implicaba, no solo dificultades teóricas y epistémicas, sino que también favorecía a la reproducción de la marginalidad por la confirmación de los estigmas que cargaban estos sectores. No obstante, cabe destacar que estos estudios incorporan la cuestión de análisis de las identidades y culturas como variable para el estudio de las violencias, lo cual se configura como un valioso aporte para trabajos posteriores.

A mediados de siglo XX, los investigadores sociales, en una posición integradora en términos teóricos, pasaron a postular que los hechos de violencia urbana en sectores marginados "...tenían sustancia moral y que esta no era, en todos sus aspectos, contraria al sistema convencional de creencias." (Miguez, 2005, pp. 12). Es decir, la violencia era entendida como el uso de un recurso alternativo como medio para una meta propuesta –o impuesta- por la cultura hegemónica - compartida por la mayoría de la sociedad.

Siguiendo el devenir histórico, adquiere relevancia la categoría de comportamientos desviados -o teoría de la anomia- del sociólogo estadounidense Robert K. Merton. Para Merton (1938) el comportamiento desviado es una respuesta normal a las desigualdades sociales, es decir, una respuesta al acceso desigual que las personas tienen según su lugar en la estructura social para cumplir con metas culturales comunes a toda la sociedad. Así, quienes no tienen a disposición medios legítimos para cumplir con estas metas culturales, crean medios ilegítimos en términos de legalidad para alcanzarlas. Dentro de estos medios creados se encuentran prácticas de violencia, delitos, entre otras conductas o prácticas por fuera de los márgenes de la ley.

Esta teoría fue el insumo principal de una gran cantidad de trabajos provenientes de la criminología y la antropología social de la segunda mitad del siglo XX. Así, a mediados de los años sesenta en Estados Unidos, surge la llamada Nueva Criminología, disciplina que transformó la forma de pensar el crimen y los comportamientos ilegales en general. Una de las teorías centrales que sustentan esta nueva rama disciplinaria es la teoría de las subculturas, impulsada por el académico estadounidense Albert Cohen en 1955. Como una primera aproximación, se puede definir esta teoría como aquella que ubica el foco en el carácter y los orígenes culturales del comportamiento desviado.

La teoría de las subculturas es de gran valía para este trabajo. A saber, parto de la base de que en los sectores populares en general, y particularmente en Playa Norte, ciertas prácticas –entre las que se encuentran las prácticas de violencia- se van connotando positivamente, a tal punto de convertirlas en una fuente de prestigio y reconocimiento. Es decir, el uso de violencia física en sus diferentes formas puede poner el prestigio y reconocimiento –bienes comunes por toda la sociedad- al alcance de sujetos que no tienen los medios para adquirirlos de otro modo. En este marco, a partir de esquemas de sentidos propios -por pertenecer a la misma formación subcultural- se construyen y valorizan ciertos atributos –como la violencia- para alcanzar metas culturales compartidas por toda la sociedad como pueden ser el prestigio y el reconocimiento.

1.2 Formaciones subculturales. O una forma de ser estando en el barrio.

Analizar prácticas subculturales es un ejercicio situado por definición. En otras palabras, si entendemos que se trata de estrategias alternativas para fines más o menos hegemónicos hay que profundizar en las condiciones de ser de ese ejercicio alternativo. La apelación a esta corriente teórica, claro está, no implica adhesión a lo 'sub' como un grado inferior en términos de status cultural, tal como se ha planteado en algunos estudios. Por el contrario, Sergio Tonkonoff (2007), en referencia a jóvenes varones de sectores populares, plantea que

”Ahora, fuera o en los márgenes del mercado laboral, y más lejos aún del sistema de educación formal, muchos de los miembros biológicamente jóvenes de los sectores populares urbanos no tienen más remedio que ser también socialmente jóvenes. Y sin otro lugar que el ocio forzado, deben pugnar por construir esa identidad a través de elementos pasibles de ser significados positivamente.” (pp.139).

Como iré desarrollando a lo largo de este capítulo, se puede entender a la violencia como uno de estos elementos pasibles de ser significados positivamente por los jóvenes de Playa Norte. 'Tener a mano' las prácticas de violencia forma parte del 'ser joven' y –agrego- varón en el barrio, al menos para 'los pibes del pasillo', compartiendo un código y lenguaje común con otros jóvenes a los que consideran pares por su pertenencia común a una formación subcultural.

Además, de esta breve conceptualización de Tonkonoff derivan tres premisas centrales en relación a la teoría de las subculturas que iré profundizando en este capítulo. En primer lugar, es central partir de una inscripción socio histórico donde, a partir del advenimiento del neoliberalismo, las instituciones tradicionales ya no 'amparan' a estos jóvenes, ni el trabajo, ni la familia, ni la educación formal son capaces de contenerlos. Parafraseando al Colectivo Juguetes Perdidos¹⁷(2014), podemos decir que son pibes silvestres: jóvenes que crecieron solos y a cielo abierto como los yuyos, que debieron endurecerse para soportar las inclemencias de un contexto que se presenta amenazante.

La segunda premisa es el entendimiento de la violencia como practica identitaria, cargada de significaciones, que al ser pasible de ser significada positivamente también es un vector jerarquizante dentro de la subcultura juvenil popular. El 'lenguaje de la violencia' tanto como practica concreta –episodios de tiroteos, pelea con puños o con facas, entre otras prácticas- y todo el andamiaje discursivo que lo sustenta –amenazas, 'picanteadas', provocaciones, entre otras formas de incitar e invitar a la violencia física-, forma parte de la construcción identitaria en estos jóvenes. Es decir, es un lenguaje común que sirve para pertenecer y para diferenciarse, identificar el 'nosotros' y los 'otros'. Esta identificación identitaria, como veremos luego, no tiene una relación directa con 'a quien' va dirigida la violencia, aunque sí con los 'para qué' de la misma.

La tercer premisa que quiero señalar deriva de la anterior y es que bajo ningún punto de vista puede definirse a estos jóvenes solo a partir de prácticas de violencias, solo que esta actividad adquiere determinadas significaciones en estos contextos y estas son el objeto de esta tesina. Tampoco debe totalizarse las formaciones subculturales en una sola práctica, sino que estas son un complejo andamiaje donde también se pueden contemplar ciertos tipos y niveles de consumos, la elección de determinadas estéticas, ciertas formas de relacionarse con sus pares, entre otras prácticas y comportamientos constitutivos y que desarrollarlos sobrepasaría los límites de esta tesina.

¹⁷El colectivo Juguetes Perdidos es un espacio de investigación que trabaja desde 2009 en diferentes barrios del conurbano bonaerense.

Este diálogo o negociación entre valores compartidos por toda la sociedad y los construidos por ciertos sectores también implica el despliegue de ciertas destrezas. Sykes y Matza (1961) plantean que los jóvenes 'infractores' (en este trabajo la infracción sería el ejercicio de violencia lesiva) aceptan y comparten los valores sociales dominantes, y que por eso resultan necesarias técnicas de neutralización para hacer posible o justificar las acciones 'desviadas'. Estas técnicas, refieren al suministro de argumentaciones, explicaciones de motivos, justificaciones, bajo las cuales el comportamiento desviado (en este caso la violencia) es permitido. No son excusas o justificaciones que sirvan para 'defenderse' de acciones realizadas, sino que su funcionamiento es aún más complejo: son discursos que incentivan o motivan la comisión de estos actos, neutralizando una limitación legal, ética o moral compartida por la sociedad toda.

2 “No te podés regalar, te la tenés que bancar y estar preparado por si aparecen... o te mata la bronca”¹⁸

En primer lugar, es menester ahondar en las significaciones de unos términos nativos que serán de vital importancia de aquí en adelante.

Las broncas en plural, es como los jóvenes llaman a los episodios de violencia física contra otro joven o grupo de jóvenes. En esta acepción la palabra bronca también es usada como verbo: “*Anoche pintó la bronca con...*”, “*Este gil me quiso tirar bronca*” (Observación Participante, junio 2020), son frases con que los jóvenes narraron episodios de violencia o de incitación a la misma. En estos episodios, el repertorio va desde enfrentamientos individuales a grupales, predominantemente con tiroteos con armas de fuego, aunque también en el anecdotario de los jóvenes aparecen peleas con puños y con facas¹⁹. Si bien este repertorio de formas opera fuertemente en la letalidad de los enfrentamientos y modifica los umbrales de lo permitido, en esta tesina me interesa particularmente ahondar en los 'para qué' de la violencia, por lo cual haré especificaciones según su modalidad solo cuando lo amerite.

En cambio, cuando los jóvenes hablan de *la bronca*, en singular, hacen referencia a otro joven o grupo de jóvenes que se presentan como contrincantes y depositarios de la violencia. Este uso de la palabra da cuenta de la construcción de un otro por parte de los jóvenes totalizado por la posibilidad de ejercer violencia sobre él o ellos. Los jóvenes que son identificados como la bronca no son otra cosa que los depositarios de la violencia lesiva, sin posibilidad de concilio, ni de convivencia armoniosa. Estas rivalidades permanentes suelen tener un devenir histórico como en el caso de los pibes del pasillo y los de adelante, pero también pueden aparecer otros grupos que eventualmente se presenten como broncas pero no son conflictos que perduren mucho tiempo, como es el caso de los de pasando el terraplén.

Las broncas o conflictos de violencia lesiva entre jóvenes, datan de varios años en Playa Norte, particularmente, como dije, entre los jóvenes de adelante y los del pasillo. Al indagar por los orígenes

¹⁸ Respuesta de uno de los jóvenes para explicar por qué llevaba un arma a la limpieza de la huerta (Observación Participante, junio 2020).

¹⁹ Artefacto punzante (en general cuchillos) con potencialidad letal en un enfrentamiento violento.

de la bronca los jóvenes retoman a generaciones anteriores –hermanos y vecinos mayores o padres de ellos mismos-, de hace más de 10 años, cuando muchos de los jóvenes con los que realicé el trabajo de campo no tenían más de 7 años. No hay una versión unificada sobre qué hechos o motivos impulsaron estas broncas y, particularmente, entiendo que ya no importa demasiado. Más bien me propongo aquí ahondar en la lógica de reproducción de violencia que fue sedimentando, solidificando y profundizando estos conflictos entre *los pibes de adelante* y *los pibes del pasillo*. Así, para los jóvenes con los que realicé esta investigación la bronca con los pibes de adelante es heredada y, al haber ‘muertes de por medio’²⁰ nunca tendrá un fin.

Pero además, como dije anteriormente, existen broncas menos estructurales, más coyunturales. En los dos meses de trabajo de campo los jóvenes no tenían tantos problemas con los pibes de adelante, sino con los de pasando el terraplén. Esta bronca sí había surgido a partir de un hecho puntual que fue relatado: según uno de los pibes del pasillo uno de los de pasando el terraplén los había denunciado en un robo injustamente. Así, en esos encuentros de trabajo de campo eran más habituales los comentarios sobre conflictos con estos jóvenes que con los pibes de adelante. “*Ahora los que están jodiendo son los de allá* (señala el terraplén), *los de adelante están tranquilos o creo que ni están*”²¹ (Observación participante, julio 2020)

3 Cuatro nudos para analizar la violencia en Playa Norte

En este apartado agruparé, a raíz del trabajo de campo realizado, cuatro nudos que dan cuenta de registros, características, sentidos, funciones sociales y significaciones de la violencia que –explícita o tácitamente- los jóvenes fueron expresando. Iré tensionando estos nudos con conceptualizaciones de otros autores –lógicamente en otros contextos- a fin de robustecerlos teóricamente. Vale aclarar que no se pretende homogeneizar ni generalizar las sensaciones y percepciones de los jóvenes, sino identificar ciertas tendencias comunes que los mismos fueron dejando ver.

3.1 La violencia como una práctica próxima, habitual, constitutiva de una trama social.

La violencia en general, y la violencia entre varones en particular, no se reduce a la presencia de broncas en Playa Norte. Más bien, se presenta de forma capilar, cotidiana y próxima en las relaciones que estos jóvenes entablan, aún dentro de sus mismos grupos. En mis dos años de trabajo con los jóvenes y en mis visitas al barrio para el trabajo de campo me llamaba la atención como cualquier diálogo cotidiano estaba acompañado de componentes propios de la violencia como amenazas,

²⁰ Este es el motivo principal esbozado por los jóvenes a la hora de justificar la vigencia de broncas viejas.

²¹ Según una vecina del barrio y ex compañera de trabajo en el Programa Nueva Oportunidad, los pibes de adelante no están mucho en el barrio: “algunos se fueron, otros andan tranquilos, queriendo rescatarse. A veces cuando viene uno bardean un poco, pero es un ratito y se les pasa” (Observación Participante, julio 2020).

empujones 'amistosos', invitaciones a pelear, entre otras. Estos componentes hacen que cualquiera de estas situaciones sea factible a escalar en un ejercicio de violencia física.

En mi cuaderno de campo, el 4 de Agosto del 2020 anotaba:

“Ni bien llegué, fuimos casi todes para la parte de atrás de la huerta, al monte, a cortar unos palos para la huerta porque vamos a cercarla. En esa ida se da una discusión entre Braulio, que se notaba que andaba bastante malhumorado, y Esteban, que desde su ranchito le gritaba cosas. Braulio le decía 'te voy a enloquecer a piñas' y Esteban le respondía que 'era puro cartel, nunca hacía nada'. Así estuvieron un rato a los gritos pero no pasó nada. Los motivos no los entendí bien, nunca los expusieron. Pareciera que la voluntad estaba en quedarse con la última palabra (amenaza o insulto). (...) Al ratito Esteban y Braulio ya andaban a las risas juntos” (Observación Participante, Julio 2020)

Esta situación es particular pero para nada poco habitual, sino que resulta ilustrativa de cómo, generalmente, me recibía el barrio cuando llegaba. No obstante, estos 'chispazos', como el caso del ejemplo, en la mayoría de los casos no escalaban en conflictos duraderos, sino que se disolvían en el mismo día –hayan devenido en una pelea física o no. Generalmente, esta disolución se daba sin pedidos de disculpas o muestras de arrepentimiento, sino que en el marco de las actividades a realizar o simplemente yéndose a sus casas y volviendo en unas horas.

Aunque no es objeto de esta tesina, aventuro que este carácter de la violencia ayuda a explicar lo dinámico e inestable de las grupalidades de los jóvenes, cuyo –casi- único garante de cohesión es su condición de familiares. Uno de los jóvenes me decía:

Este me tiene podrido, siempre busca problemas y lo defiende porque es mi hermano pero este después se caga y se va y me deja re tirado acá con la bronca (Observación Participante, Agosto 2020).

Estas prácticas no son monopolio de los jóvenes²². Uno de los vecinos del barrio, de unos 50 años, se pasó toda la mañana del 28 de julio amenazando a uno de los jóvenes a raíz de un conflicto concreto:

Devolveme la manguera o vas a ver. La otra vez con la pala lo mismo. Te voy a pinchar entero, mirá que yo no soy como esos con los que te peleás vos (Observación Participante, Julio 2020)

Tampoco es una práctica que les resulte extraña a las mujeres del pasillo. La pareja de uno de los jóvenes, narra situaciones de violencia de género entre ellos de la siguiente manera:

Si, nosotros nos re pegamos. Él a veces no me ayuda o viene emberretinado²³ y yo nos re puteamos. Cuando me pega yo me defiendo, imirá si me voy a dejar pegar! Acá esto se soluciona así, es normal. (Observación Participante. Agosto 2020)

Solo recupero este testimonio a fin de exponer lo 'a mano' que está la violencia en todos/as los habitantes del pasillo, bajo ningún punto de vista de intenta soslayar las desigualdades estructurales propias del sistema patriarcal. Además, como desarrollaré en el próximo capítulo, es fuerte la incidencia del dispositivo de la masculinidad en las prácticas de violencia.

Como vemos, la violencia se configura como el recurso predilecto ante los conflictos. Si bien, como

²²Haré un uso cronológico de la categoría juventud solo a fines de exponer las reflexiones, no por la densidad del concepto.

²³Término usado por los jóvenes para referirse a un estado de alteración, afectación o enojo.

veremos posteriormente, su presencia en el barrio lejos está de ser una reacción automática ante un asunto problemático sino que tiene otras características, es preciso señalar que este carácter de primer recurso hace que su presencia sea prácticamente total. Es decir, los habitantes del barrio tienen un contacto con la violencia, ya sea ejerciéndola, padeciéndola en primera persona o siendo espectador/a, lo cual la hace una práctica cercana, próxima, constitutiva del 'paisaje' comunitario.

Entonces, podemos decir que el ejercicio de la violencia entre jóvenes no se reduce a las broncas, tampoco se da en el vacío, ni descontextualizada, sino que forma parte de una trama social donde es una práctica constitutiva, habitual y sedimentada en casi todas las relaciones sociales. Se puede dar de forma grupal pero también con lógicas individuales que son más cotidianas. A su vez, también queda claro que no es preciso hablar de estos jóvenes como grupalidades homogéneas, congruentes, exentas de conflictos 'internos', sino que esas grupalidades se da con arreglo a fines comunes –ejercicios de violencias, consumos, recreación, 'ranchadas', entre otras.

En esta línea, Auyero (2013) al hablar de la violencia en los sectores populares, señala que la misma:

“...trasciende el intercambio interpersonal y toma una forma menos demarcada, más expansiva. La violencia no queda restringida a un ojo por ojo, sino que se esparce, y se parece a veces a una cadena, que conecta distintos tipos de daño físico, y otras a un derrame, un vertido que si bien se origina en un intercambio violento, luego se expande y contamina todo el tejido social de la comunidad”. (Pp. 24).

Es en este marco en el que deben inscribirse las prácticas de violencia a las que refiero en este trabajo –y la constante potencial aparición de la misma-, estableciendo un doble registro: como una práctica concreta que se da en un contexto social donde es habitual y donde es una forma más entre otras que pueden darse.

3.2 Legitimaciones: el aguante y el honor como capital simbólico en disputa.

Las broncas que los pibes del pasillo tienen con otros jóvenes están fuertemente legitimadas por ellos mismos pero, además, también aceptadas por su entorno cercano, el resto de los y las habitantes del pasillo, aunque como veremos no se trata de una aceptación acrítica ni conforme.

El 22 de Julio del 2020, estábamos arriba del terraplén con uno de los jóvenes varones. El me pidió que vayamos abajo, a su casa, porque ahí le iban a tirar tiros porque estaba todo mal con los de pasando el terraplén. En mi cuaderno de campo de esa fecha, anoté lo siguiente:

“Al indagar un poco más me contó que 'se andan haciendo los guapos' que 'andan pegando gritos'. Pareciera ser una forma de proponer un enfrentamiento. Él dice que en su momento no respondió porque no tenía armas, pero ahora tiene y quiere que lo busquen, ya estuvo tirando unos tiros al aire para que los otros respondan. Hacía mucho hincapié en que “tenía un coso así de cartuchos” (haciendo seña con la mano), “una metra”, y no recuerdo que otro arma. Que a él nadie lo va a venir achicar” (Observación participante, julio 2020)

En el argumento del joven aparecía constantemente la idea de 'bancársela' y 'aguantársela', llevado al plano de la competencia o la medición. *“No sé qué se vienen a hacer los malos si no se la bancan, nunca tumbaron a nadie”* (Observación Participante, julio 2020), esbozó otro de los jóvenes que participó por unos minutos de la conversación.

Esta competencia por ser quién más se *la banca* o se *la aguanta* en el barrio pone a la posibilidad de someterse a prácticas de violencia y salir ileso como principal capital simbólico en disputa. Entonces, el otro grupo es descrito por los jóvenes a partir de señales de debilidad, por no 'aguantársela'. Estas señales, en este caso, fueron dos.

Por un lado, los pibes del pasillo entienden que los de pasando el terraplen no se animan a traspasar el plano discursivo de la violencia: *“solo la boquean, después pasan por acá al frente agachaditos la cabeza. No aguantan con el pecho lo que dicen con la boca.”* (Observación Participante, julio 2020). Esta disociación entre 'los que dicen que se la bancan' y 'los que se la bancan realmente' es una disociación entre el discurso y la acción, jerarquizando esta última. En otras palabras, si hablamos en términos sub culturales, para los jóvenes de nada sirven los aditivos de las prácticas de violencia sin acciones concretas que la sustenten.

Por otro lado, a los de pasando el terraplen, los pibes del pasillo le adjudican una buena relación con la policía²⁴ y eso es significado como una señal de debilidad.

Ellos le roban a todo el mundo y la policía no les dice nada. El otro día uno robó allá al frente, todos saben y no pasó nada. A nosotros la policía nos vive jodiendo, pasa por acá todo el tiempo, pregunta cosas. Ellos el otro día nos denunciaron y nada que ver. Ellos se defienden con la gorra, nosotros a los tiros. (Observación Participante, Julio 2020)

La relación de los jóvenes de los sectores populares con la policía es compleja, y sería objeto de otra tesina ahondarla. No obstante, siguiendo lo relatado por el joven, podemos establecer que para el ejercicio de la violencia y de la competencia por quién se la aguanta más, la cercanía a la policía es una muestra de debilidad. Entre mejor sea tu relación con la policía, menor será tu capacidad de movilizar recursos de violencia, es decir, de bancártela²⁵.

Otra de las facetas de esta característica de la violencia tiene que ver con la cuestión territorial. Las broncas, como vengo relatando, tienen una fuerte impronta territorial en términos espaciales (los de adelante, los del pasillo, los del terraplen) y el solo paso de alguno de los jóvenes por un sector del barrio que 'no le corresponde' es causal de activación del ejercicio de la violencia (generalmente a través de tiros).

Haesbaert (2011) plantea que “cuando se mira el espacio centrando el enfoque en las relaciones de poder, se está viendo y se está identificando un territorio” (pp. 20). Entonces, si la transgresión de las fronteras simbólicas trazadas a través de la violencia representa una amenaza al poder y dominio de cada grupo de joven por su espacio, es también una cuestión honorífica. Representa una falta de respeto a su aguante. En palabras de uno de los pibes del pasillo:

No pueden pasar por acá. O si quieren pasar tienen que saber que les vamos a tirar (tiros). Nosotros cuando vamos para aquel lado sabemos que va a ser así y nos la bancamos, sino no vamos, ¿para qué vamos a ir sino? (Observación Participante, Julio 2020).

²⁴ Como dije anteriormente, sobre calle Riobamba, justo al medio pero en la parte de al frente de donde viven ambos grupos de jóvenes, se encuentra un destacamento policial dependiente a la Comisaría 8va.

²⁵ En otros encuentros con los jóvenes dejaron entrever percepciones parecidas con otras figuras de autoridad (referentes de organizaciones sociales, figuras institucionales, etc.) donde entre a mayor lejanía más 'aguante' en términos de violencia.

Como vemos, siguiendo los testimonios de los jóvenes, la violencia adquiere una profunda significación honorífica ligada al aguante. Anton Block (2001) en Auyero (2013), plantea que el uso de la fuerza física, aun en sus prácticas más brutales y enigmáticas –como pueden ser las broncas–, siempre tienen un sentido, y que, como se relató en este apartado, puede ser de índole honorífico, especialmente en contextos donde hay que 'hacerse respetar'. Ésta idea, propia del aguante y de hacerse respetar, da cuenta de una violencia física legitimada ante un contexto que se presenta como una amenaza al respeto, al dominio territorial y al honor, cuyo único medio para protegerlo es el uso de la violencia. Este enfoque evidencia, en algún punto, las lesiones en los lazos sociales donde el entorno cercano representa una amenaza.

3.3 *Un lenguaje propio, un código común, una nueva forma de sociabilidad.*

En los dos años de trabajo y también en los meses de observación participante percibí una constante: el anecdotario de los jóvenes tiene como denominador común el ejercicio de la violencia. Se relatan grandes enfrentamientos armados como hazañas, peleas con facas, golpes de puño y también 'achicadas', reducir discursivamente a otro joven o grupo de jóvenes que no se 'animan' a la violencia física. Este anecdotario también está complementado con grandes narraciones en relación al consumo de sustancias, de relaciones con chicas, actividades recreativas compartidas entre otras, acorde a la inscripción de la violencia en las formaciones subculturales que abordé previamente.

La mañana del 07/07/2020 los jóvenes no estaban trabajando en la huerta, estaban sentados alrededor de un fuego -hacia mucho frío y esa es su forma de sobrellevarlo- y se pusieron a contar anécdotas. Esto anotaba en mi registro de campo:

“La gran mayoría de las anécdotas tenían que ver con episodios de violencia, y en un segundo lugar narraciones sobre drogas, 'juerga' (con tintes nostálgicos: '¿te acordás cuando salíamos casi todos los días?' le dijo uno de los pibes a otro), y hasta de 'irse de putas'. En algún momento casi hago chistes sobre el tenor de las anécdotas, pero recapacité sobre mi rol ahí primero, y el tratar de no distorsionar la realidad que estoy estudiando. Además, habla muchísimo de los pibes sus anécdotas, qué es lo que eligen contar y como se muestran a ellos mismos en esas situaciones, por lo menos cuando estoy yo.” (Observación participante, Julio 2020)

Pero las narraciones y el vocablo ligado a la violencia lejos están de reducirse a las anécdotas. Más bien, se conforma en una suerte de lenguaje, un conjunto de signos compartidos en los jóvenes, ya sea para potencialmente llevarlo al plano físico desatando enfrentamientos, como solo a partir de la palabra. Esto se daba habitualmente en un tono jocoso, aunque también ha tenido escalada en amenazas concretas y peleas físicas.

Esa misma mañana, se da el siguiente intercambio entre dos jóvenes²⁶ a los que llamaré A y B:

-A: *B, dame una galletita gil, le diste a todos menos a mí.*

-B: *Agárrate mono. A quién le decís gil, te voy a enloquecer a piñas.*

²⁶La reconstrucción de este diálogo fue hecha a partir de la memoria en mis anotaciones de campo, por ende puede que tenga algunas alteraciones de palabras pero no en esencia.

-A: Andá, si no te la bancás, el otro día te corrió tu suegro.

(Risas de todos los de la ronda)

-B: No me iba a andar peleando con mi suegro...

-A: Vos sabés como es, hay que pelearse con quien haya que pelearse, no correr.

(Observación Participante, Julio 2020)

Como se ve particularmente en esta conversación, breve pero ilustrativa, este lenguaje atribuye a la 'medición' o 'competencia' constante entre los jóvenes, lo cual pareciera responder a una forma de fragmentación, de separación entre ellos, además del honor en disputa que relaté en el nudo anterior. No obstante, quiero detenerme en el carácter compartido del lenguaje de la violencia. Sin explicitarlo del todo, los jóvenes comparten esos códigos y los 'une' en un lazo discursivo y de prácticas, como un sistema de representación que les pertenece.

Silvia Duschatzky y Cristina Corea, en su trabajo "Chicos en banda: los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones" (2001), plantean que la violencia se posiciona desde la etapa final del siglo XX como "una nueva forma de sociabilidad, un modo de estar con los otros, una forma incluso de vivir la temporalidad" (pp.23), y le adjudican esto, en consonancia con lo que he planteado en el capítulo anterior, a lo que postulan como una debacle de las instituciones que antes regulaban las relaciones sociales como la escuela, el trabajo y la familia consecuencia del advenimiento del neoliberalismo. Este proceso se profundiza en los sectores populares de grandes conglomerados urbanos (el estudio mencionado es en la Ciudad de Córdoba).

Se puede establecer una conexión en el planteo de las autoras y lo que postulo en este trabajo sobre Playa Norte con aquellas etnografías pioneras que mencionadas en el apartado anterior, aunque a partir de una disonancia: la violencia ya no es producto o reacción de la imposibilidad de comunicación/relación, sino que es un signo compartido, una forma actual de comunicación, de relación, de disputa, de estar y de ser con otros en un determinado espacio y tiempo que, como se dijo, no se erige sobre lazos solidarios sino más bien de competencia.

En esta línea, los propios jóvenes identifican este registro de la violencia como un lenguaje propio y una forma de relacionarse que contrasta con las instituciones tradicionales y con vida en la pobreza. El 31/07/2020 unos días después del encuentro relatado previamente, seguimos charlando con los jóvenes a raíz de un proceso de urbanización del barrio que se estaba debatiendo en esos meses y posteriormente se presentaría oficialmente por funcionarios municipales, provinciales y nacionales. En esta fecha anotaba en mi registro de campo:

"Empezamos a hablar de la urbanización, los pibes coincidían en que estaba bueno, que habría posibilidades de laburo y en condiciones más copadas de vida. En ese marco hablamos de lo que se hizo en otros barrios, ellos decían que era hora que lleguen a Playa Norte estas cosas porque ya habían hecho en otros barrios. Lo que me llamó la atención es que al hablar de la urbanización de la chaqueñada (Barrio Coronel Dorrego, cercano a Playa Norte), hace 10 años aproximadamente, los pibes identificaron que se había hecho porque estaba muy complicada en términos de violencia, muchas broncas, dijeron que todos esos ahora estaban muertos o presos,

que mataban todos los días a uno, que por eso lo urbanizaban y que eso mejoró la situación en general, que los pibes ahora no se peleaban ni mataban tanto". (Observación Participante, Julio 2020)

Estas conexiones entre sus derechos vulnerados y los episodios de violencia que hicieron los jóvenes no son casuales, ni aisladas. En muchos intentos de poner en palabras los ejercicios de violencia, la respuesta era *"¿Y qué querés que hagamos?"*, *"acá, entre nosotros, la cosa es así"*, y cuando se fastidiaban ante la insistencia era común el descredito a partir de la no pertenencia *"para vos es fácil porque vivís en el centro, vení acá que no tenés nada a ver como hacés"* (Observación participante. Junio, Julio y Agosto 2020).

Me interesa rescatar aquí que, en esta acepción de la violencia –práctica y discursiva-, la misma representa un lenguaje compartido y a su vez una forma de narrarse a sí mismo por parte de los jóvenes, cuyas biografías suceden por fuera de los márgenes de las instituciones tradicionales de conformación de subjetividades (familia, escuela, trabajo).

3.4 Una marca de estilo, una búsqueda de identidad social. Una práctica integradora y a la vez distintiva.

Este nudo es complementario del precedente e indica, fundamentalmente, un doble registro: la violencia como un lenguaje común que integra a los jóvenes pero que, a su vez, los diferencia de otros sectores. Significar positivamente prácticas que tienden a cuestionarse o impugnarse por el resto de la sociedad es una forma de diferenciarse, de construir 'lo propio' diferente a los otros. En mis años de trabajo en Playa Norte este fue uno de los aspectos que mayores problemas me trajo, mi extranjería, mi otredad para con los jóvenes resultaba una barrera concreta para intentar 'desarmar' las legitimaciones de la violencia.

Así, una de las características de la violencia es también postularse como una marca de estilo, una búsqueda de diferenciación, es decir, de identidad social. Las identidades sociales "se refieren a la percepción de un 'nosotros' relativamente homogéneo, en contraposición con 'los otros', con base en atributos, marcas o rasgos distintivos, subjetivamente seleccionados y valorizados que, a la vez, funcionan como símbolos que delimitan el espacio de la `mismidad identitaria`" (Gimenez 1994, en Garro 2008, pp. 93). Así, la violencia además de ser un recurso para hacerse respetar, forma parte –junto a otras prácticas- de una forma de ser estando en los sectores populares relacionándose con pares. En este sentido, Garriga Zucal (2012) habla de la violencia como 'una dimensión de un estilo popular', una forma de diferenciarse de otros sectores. El autor propone que: "Los miembros de los sectores populares hacen de las prácticas violentas capacidades distintivas que pueden ser parte estructurante de un estilo. (...) una dimensión relevante en la constitución de una marca distintiva." (pp.2).

Entonces, la violencia mientras es rechazada por quienes no la comparten como código común de la formación subcultural, se presenta como un ejercicio de diferenciación del resto de la sociedad, como una marca distintiva de los jóvenes de sectores populares. Siguiendo con Garriga Zucal (2012):

“...los sectores populares hacen visibles algunas particularidades de su vida –como la violencia– para generar una estilización de la diferencia. La violencia informa, comunica, articula universos morales que quieren mostrarse distintos. La violencia, como acción social, posee una dimensión que tiene como objeto comunicar alguna característica elegida por sus practicantes. La función expresiva de la práctica violenta puede tener como fin ubicar al actor violento en una posición determinada en una estructura de poder, señalar la pertenencia a un determinado género o marcar la membresía a una grupalidad.” (pp.2).

Siguiendo este planteo, la violencia implica integración entre quienes la ejercen, como su código común, es decir, se da una coincidencia en los sentidos, regulaciones, representaciones y legitimaciones culturales que la subyacen, propios de una formación subcultural determinada. Entre quienes comparten este código común se van connotando de positividad prácticas que son reprochadas por el resto de la sociedad, transformándolas en 'fuente' de prestigio y reconocimiento, lo que establece y profundiza una pertenencia común entre quienes la comparten y un distanciamiento para con quienes no.

En Playa Norte la posibilidad de identificarse como un barrio signado por la violencia resultaba atractivo en varios relatos de los jóvenes y, particularmente en el grupo de los pibes del pasillo, ser el grupo que motorizaba esa violencia. Uno de los jóvenes relataba con cierta nostalgia:

Antes, cuando nosotros éramos medio chicos todavía era un quilombo esto. Siempre salíamos en los diarios por los tiros, los heridos, la policía... Los vecinos de acá al frente y los de Guadalupe se re quejaban, llamaban a la policía todo el tiempo y a ellos no le hacíamos nada, pero igual viste como son (Observación Participante, Junio 2020).

En ese relato se evidencia, a partir del ejercicio de la violencia, como los jóvenes construyen pares y una otredad de una forma muy tajante. Quienes eran depositarios de la violencia siempre eran otro grupo de jóvenes, considerados pares y, para continuar con los términos teóricos que vengo utilizando, de una misma formación subcultural. Mientras, por otro lado, los vecinos de los barrios lindantes, pertenecientes a otra clase social, no aparecían en el radar como posibles depositarios, al menos en los términos que trabajo la violencia aquí.

El 22/07/2020 tengo un diálogo con uno de los jóvenes que es ilustrativo de una forma de construir las otredades y como la violencia, además de tener un rol fundamental, adopta diferentes formas y motivaciones en ello. En esos días una organización político-partidaria fue al barrio en el marco del Renatep (Registro de Trabajadores de la Economía Popular) para anotar potenciales trabajadores. Eso despertó la curiosidad del joven que nombraré como A, mientras que yo seré B:

- A: *¿Tenés idea quiénes son esos que vinieron ayer a ofrecer algo de trabajo?*

- B: *Sí, en realidad vinieron a hacer un registro de trabajadores no formalizados y en un futuro poder organizar y presionar para la generación de trabajos, pero no es un ofrecimiento de trabajo en sí mismo.*

- A: *Ah, pero ¿quiénes son?*

- B: *Son una organización política digamos, yo no los quiero mucho...*

- A: Ahhh, ¿son tu bronca?

- B: No, de hecho tengo amigos que militan ahí. Simplemente tengo algunas diferencias políticas.

- A: No bueno, pero son tu bronca. Me hubieras avisado y les cagaba robando.

- B: ¿Por qué le vas a hacer algo si no te hicieron nada? De hecho ni siquiera te molestaban.

- A: No pero si son la bronca de mi amigo tengo que hacerles algo, esa mi ley.

(Observación Participante, Julio 2020)

Esta secuencia resulta ejemplificadora para analizar las construcciones de un otro que realiza este joven en particular, pero los pibes del pasillo en general. Por un lado, encontramos que la división es totalmente tajante: amigo/enemigo, sin términos medios. Pero, además, el solo hecho de ser 'enemigo', habilita la posibilidad de ejercer algún tipo de violencia, no existe la posibilidad de ejercer la indiferencia ante la presencia de ese otro construido como enemigo.

Por otro lado, aún más propio del tema analizado, es que el daño que eligió hacerles por ser 'mi bronca' es robarles, no tirarles tiros o ejercer una violencia directa como lo hacen con sus broncas. Si lo analizamos desde una perspectiva de la teoría de las subculturas, podemos decir que los pibes del pasillo me perciben como un amigo (en sus palabras) pero no como un par dado que hay todo un conjunto de símbolos que no compartimos, mientras que 'mis enemigos' serían depositarios de una violencia instrumental (un robo) por tampoco ser parte de ese universo simbólico. Así, según quienes sean los depositarios de la violencia, los sentidos y regulaciones van a ser diferentes.

4 Usos, formas y dimensiones de la violencia.

Siguiendo el planteo de los nudos para analizar la violencia –puntualmente los dos últimos- vemos que los usos y funciones de la violencia no se dan siempre de la misma manera, no persigue siempre los mismos fines ni son indiferentes a los destinatarios.

Eugenia Cozzi (2013), en un exhaustivo trabajo etnográfico que estudia la violencia entre jóvenes –escindiéndola de la pertenencia a grupos criminales organizados- tipifica tres usos y formas de la violencia colectiva con las que son coincidentes –con las lógicas particularidades- con los testimonios de los pibes del pasillo en Playa Norte.

En primer lugar, la autora plantea que los ejercicios de la violencia sirven para construir una identidad común y ser una fuente de prestigio entre pares que están estrechamente ligados a la valentía y a la masculinidad. En los nudos mencionados anteriormente este uso de la violencia queda evidenciado en los testimonios por lo que no redundaré aquí.

Un segundo uso que encuentra la autora tiene que ver con la posibilidad de construir vínculos. A lo largo de los años de trabajo en el barrio, di cuenta como a partir del ejercicio de la violencia se construyen grupalidades, amigos, muestras de solidaridad ad hoc, lealtades temporales. Si bien hay grupos que podríamos encontrar como estructurales, marcados por lazos familiares –como el caso de los pibes del pasillo–, proximidad geográfica, o simplemente amistades de toda la vida, también suceden alianzas con arreglo a fines para ejercer la violencia con otros grupos. Uno de los jóvenes de Playa Norte, relataba esto de la siguiente manera:

Y viste como es, es como si fueran favores. Si este salta por mí yo salto por él cuando lo necesite, pero eso no quiere decir que seamos compañeros siempre. Compañeros son más los de acá, los de toda la vida, y por ahí alguno más, esos que por más que te re putees o te cagues a piñas a veces, no pasa de eso. El otro día ponele vino un compañero de la Scaraffia²⁷ porque se había podrido acá, pero yo sé que es por conveniencia, para que después nosotros lo ayudemos con sus broncas (Observación Participante, Agosto 2020)

Vemos como la violencia puede estructurar pertenencias a grupos pero que los vínculos que se construyen a raíz de ello no siempre son sólidos, estancos, sino que son dinámicos y eventualmente cambiantes. Al momento de realizar el trabajo de campo, la mayoría de los episodios de broncas se daba con los jóvenes que viven pasando el terraplen, con los que hace un año compartían los talleres y actividades lúdicas. Uno de los pibes del pasillo relata:

Si antes estaba todo bien, hasta hace poco íbamos a jugar a la pelota ahí al frente y todo. Pero viste como es. Se quisieron pasar de vivo y encima ahora nos denunciaron, asique todo mal. No sé qué se piensan, si nunca tiraron un tiro y se vienen a hacer los loquitos acá (Observación Participante, Agosto 2020)

El tercer uso que identifica Cozzi está relacionado a la búsqueda de adrenalina. Como dijimos anteriormente, estos jóvenes son empujados al ocio forzados por las condiciones que impone el neoliberalismo hace más de cincuenta años. En este contexto, las prácticas de violencia que he estado trabajando pueden concebirse como formas de diversión, búsqueda de emociones o esparcimiento. La emocionalidad con la que los jóvenes relatan hechos de violencia, sus rituales de preparación para 'caerle' a la bronca, las risas cuando alguien hace algo fuera de lo común, pone en un plano recreativo actividades que bordean la muerte (propia o de otro). Al indagar sobre esto, uno de los pibes del pasillo respondió riéndose:

¿Y qué querés que hagamos sino? Nadie tiene nada para hacer y eso es algo que por lo menos nos entretiene. Sino quedamos medio loquitos. Yo creo que un poco a todos les gusta, salvo cuando le matan a un amigo, pero si nadie de acá tiene trabajo ni nada que perder, que vamos a hacer... (Observación Participante, Agosto 2020)

En estos usos y formas de la violencia son escindidas por parte de la autora de la violencia medida, instrumental, que persigue un fin concreto –en general el delito predatorio– con contrincantes que no son concebidos como pares. En sus palabras:

“...estos usos de violencia en forma espectacular, horizontal y letal, se

²⁷ Barrio popular del Oeste de la Ciudad de Santa Fe.

contrasta con otro uso, que también surgía en el relato de los jóvenes. Me refiero a un uso mucho más medido e instrumental, relacionado a su utilización en el momento de robar. En este caso, la violencia no es entre pares sino que se da en la interacción con las víctimas en el momento del robo y aparece como mucho más medida". (Cozzi 2013, pp.69).

En las formas de narrar la violencia también se da una coincidencia en este aspecto con respecto a los jóvenes de Playa Norte. La mañana del 22/07/2020, uno de los pibes del pasillo me cuenta casi en secreto que le robó un reloj a un señor en la costanera. El relato es bien diferente al de los episodios de violencia, lejos de alardear delante de todos su gran hazaña, aunque si algo orgulloso. Cuando hablamos del tema adelante del resto de los jóvenes la anécdota fue solo un dato, devuelta sin alardes, narrado como un hecho más. Cuando hice preguntas las respuestas fueron cortas, sin contar detalles:

Solo lo paré y le dije que me dé el celular. Me dijo que no tenía y le dije que me dé el reloj entonces. Como no quiso le pegué una piña y le mostré una faca. Y ahí me lo dio y me fui... (Observación Participante, Julio 2020)

Como vemos, hay un contraste con las narraciones de los episodios de violencia para con pares, que son relatos que se cuentan con orgullo, detenidamente y acentuando sus aristas más espectaculares dado que es una fuente de prestigio.

4.1 Dimensiones de la violencia.

Estos usos y formas de la violencia conceptualizados por Cozzi y recuperados en esta tesina son, a su vez, subsidiarios de lo que en la nueva criminología se conoce como dimensiones de la violencia.

El criminólogo estadounidense Jack Katz (1988) acuña una conceptualización de tres dimensiones para explicar las transgresiones juveniles que, más cerca en el tiempo, es recuperado por investigadores locales (Tonckonoff, 2007; Zucal, 2012; Cozzi, 2013; Rodriguez Alzueta, 2016) para dar cuenta de la violencia en los márgenes urbanos argentinos. Dichas dimensiones dan cuenta de sentidos que subyacen a los usos y las formas de la violencia, es decir, ahondan en un 'para qué' de la violencia.

La primera dimensión es la instrumental que, como venía mencionando, pasa a un segundo plano en esta tesina por tratarse de una violencia no ejercida hacia pares. Esta violencia es ejercida con un objetivo directo, tangible y generalmente hacia personas que no están dispuestas a responder en los mismos términos. Es decir, acorde a lo trabajado por los autores mencionados anteriormente, queda reducida a la violencia ejercida en el delito predatorio, los pequeños robos individuales.

Las otras dos dimensiones de la violencia se ajustan más precisamente a los objetivos de esta tesina, a la conceptualización de Cozzi y a los testimonios antes recuperados. Por un lado, una dimensión expresiva de la violencia totalmente funcional a los dos primeros usos mencionados anteriormente: la posibilidad de construir identidades comunes y de construir vínculos. Esta dimensión tiene un carácter comunicacional, es decir, se intenta decir algo, enviar un mensaje a través del ejercicio de la

violencia, ya sea hacia los del mismo grupo como a los que aquí reconocemos como la bronca. Si, como mencionaba antes, la violencia se da por fuera de la frontera de las palabras, este eje comunicacional del ejercicio de la violencia representa adentrarse en el lenguaje de las disputas entre los jóvenes. A su vez, esta dimensión opera fuertemente en uno de los ejes centrales del ejercicio de la violencia: construir prestigio, jerarquía social dentro de una formación sub cultural.

Por otro lado una dimensión emotiva o lúdica, relacionado directamente con el tercer uso de la violencia, el uso recreativo. Acá la referencia es a las 'energías furtivas' (Katz, 1988) que se ponen en juego en los episodios de violencia. En los relatos recuperados se ven atisbos de diversión, de superación del aburrimiento o el tedio, de búsqueda de adrenalina o euforia en un contexto donde estas emociones son difíciles de encontrar en otras prácticas.

5 Regulaciones y 'encuadres' de la violencia

Que estos usos, formas y dimensiones de la violencia sean compartidos implica que le correspondan ciertas regulaciones y encuadres²⁸. Es decir, el uso de la violencia física no siempre está permitido, no puede desplegarse en todos lados, ni contra todo el mundo. Es en este punto donde encontré las principales dificultades metodológicas de mi trabajo de campo dada la dificultad de poner en palabras lo que es un conjunto de reglas y códigos de los jóvenes. No obstante, encuentro una serie regulaciones centrales en el despliegue de la violencia que se inducen de los testimonios de los pibes del pasillo.

Los episodios de violencia, en general, tienen respuestas. Es decir, si un grupo de joven 'le cae' a tirar tiros a donde viven otros jóvenes, pronto habrá una respuesta y así sucesivamente. Así se van dando ciertas temporalidades en el barrio. Cuando arranqué el trabajo de campo los pibes del pasillo y los de pasando el terraplén se enfrentaban entre dos y tres veces por semana, para el segundo mes la regularidad de los episodios ya habían mermado. Según me mencionaban otras vecinas del barrio vía whatsapp app, los encuentros volvieron a sucederse seguido en meses posteriores aunque con pausas e intensidades diferentes.

Dadas estas temporalidades, agruparé, por un lado, las regulaciones que 'activan' el despliegue de la violencia, abriendo –generalmente- un periodo en el que habrá enfrentamientos entre broncas y, por otro lado, aquellos factores que limitan y encuadran la violencia y su crecimiento infinito.

Dentro de aquellas que 'activan' el despliegue de la violencia lesiva encontré, principalmente, tres regulaciones. La primera a mencionar tiene que ver con los hechos contingentes que van desde 'malas' miradas, a robos, a coincidencias en intereses amorosos, entre muchos otros. Estos hechos son un mero desencadenante que pone en funcionamiento toda la maquinaria antes descrita, pero que en general no tiene mayor gravedad en sí mismo y de ahí que existan tantas versiones sobre la génesis de las broncas. Uno de los pibes del pasillo mencionaba al respecto:

²⁸ Evitaré hablar de normas y reglas porque resulta impropio, aunque estas regulaciones tienen un fuerte efecto normativo.

No sé por qué arrancó todo esto (brincas), yo sé que no tiene vuelta atrás porque hay muertos en el medio. Los más grandes dicen que la bronca con los de adelante fue por un caballo, pero no creo, yo de caballos no sé nada encima (risas) (Observación Participante, Julio 2020)

Vale mencionar que en los dos meses de observación participante fueron muchos los posibles motivos mencionados para desencadenar el despliegue de la violencia, muchas veces ni siquiera habiendo coincidencias entre diferentes integrantes de los pibes del pasillo. Lo cual, como dije anteriormente, da cuenta de que muchas veces estas causas son menores, tranquilamente podrían no existir o ser otras, solo funcionan como forma de 'escusa' para desencadenar la violencia.

Una segunda regulación que encuentro tiene que ver con los criterios de propiedad territorial y las disputas en ese sentido. Como antes había mencionado, la sola aparición presencial de la bronca por la 'zona' del pasillo era un habilitante para desplegar la violencia. El mismo criterio utilizaban los pibes del pasillo para circular por espacios 'de la bronca'²⁹. Uno de los pibes del pasillo, al enterarse que la noche anterior uno de los de adelante había ido hacia la otra parte del terraplén pasando por enfrente del pasillo sobre calle Riobamba, me decía lo siguiente:

No pueden pasar por acá, ellos saben cómo es. Nosotros no podemos ni ir a buscar a los chicos a la escuela y ellos andan haciendo eso, y después los quilomberos somos nosotros. Esta noche lo esperamos a ver si es tan guapo. (Observación Participante, Agosto 2020)

Como se deduce del testimonio, la transgresión de los límites territoriales construidos a base de violencia por los jóvenes representa una falta de respeto, el rompimiento de un pacto, lo cual habilita el despliegue de la violencia.

La tercera regulación habilitante de la violencia que pude percibir en los testimonios tiene que ver con el ejercicio de una forma de compañerismo. Los jóvenes suelen construir solidaridades para el despliegue de la violencia, donde un conflicto individual pasa a ser un conflicto grupal. Uno de los pibes del pasillo relataba:

El otro día los de adelante se lo cruzaron al Bocha allá por la General Paz y lo re bardearon, lo corrieron con palos y ellos eran un montón encima. Así que esa misma tarde le caímos, a ver quién se la aguanta más, de a muchos son todos guapos. (Observación participante, Junio 2020)

En este caso el joven al que refería el relato era parte de los pibes del pasillo, pero también suceden solidaridades add hoc. Estas solidaridades son construidas casi exclusivamente para el ejercicio de la violencia con un fuerte criterio de fidelidad, pero sin que requiera mayor participación en otros aspectos de la vida de los jóvenes. Esto queda plasmado en el relato de uno de los pibes del pasillo:

Ese día lo llamamos a unos compañeros de la Chaqueñada que sabemos que también tienen problema con los de adelante. Encima ellos (los de adelante) estaban con otros locos de Las Lomas, así que se re pudrió y termino viniendo la policía y todo (Observación Participante, Junio 2020)

Por otro lado, es posible identificar aquellas regulaciones que desactivan el ejercicio de la violencia o implican un límite a la misma. Es decir, aquellos factores que detienen la creciente espiral de violencia que se puede generar a partir de los determinantes antes mencionados. Estos factores también sirven de demarcación de los escenarios posibles, estableciendo lugares y tiempos donde

²⁹La consecuencia más palpable que tiene esto es la imposibilidad de circular por algunos lugares, aun cuando esto signifique no poder ir a la escuela, al centro de salud o salir del barrio por la calle Riobamba.

está permitido la violencia y, sobre todo, lugares donde no está permitido la violencia.

En este sentido, un primer factor tiene que ver con los posibles depositarios de la violencia o posibles víctimas de la misma. Eugenia Cozzi (2013) refiere a esto como la creación de 'criterios de victimización', es decir, el establecimiento de 'quien sí' y 'quien no' puede entrar en un intercambio de violencias. Así, induciendo desde los testimonios de los pibes del pasillo, dentro del segundo grupo se encuentran principalmente niños/niñas, abuelos/as y mujeres y la sola posibilidad de 'lastimar' –adrede o por accidente– a cualquiera de ellos/as en un episodio de broncas entre jóvenes varones representa una transgresión grave al propio código de la violencia. Esto, por extensión, repercute en que la mayoría de los episodios de violencia –al menos la que implica armas de fuego– se dé durante la noche, para que solo corran peligros quienes participan activamente de dichos episodios. El primer día de observación participante, el 12/06/2020, uno de los pibes relataba que la noche anterior habían ido a tirarle tiros a los de pasando el terraplén porque eran 'unos irrespetuosos' que habían tirado tiros a la tarde:

Anoche les fuimos a tirar re de cerca, se re cagaron. Pero porque ellos son unos irrespetuosos, vinieron a tirar a la tarde, estaban Kevin y Simón [hijos de dos pibes del pasillo, de 4 y 5 años] jugando acá al frente, había venido la abuela de estar internada. Esas cosas no se hacen, hay que tener códigos (Observación Participante. Junio 2020)

Tal es este respeto que las compañeras y hermanas de los pibes del pasillo pueden circular libremente por todo el barrio, aun aquellos que 'son de la bronca'. Si bien ellas relatan que en algunas oportunidades recibieron insultos o amenazas, nunca esto se trasladaba al ejercicio de la violencia por parte de ellas ni hacia ellas.

Este factor regulatorio no se agota solo en la violencia ejercida hacia las broncas. En los conflictos interpersonales entre los propios pibes del pasillo, en general con violencia física mediante, también opera cierto resguardo al entorno compartido con similares criterios. Uno de los jóvenes relataba:

Ayer me re calenté con el Braulio. Estábamos viendo algo de la moto y me empezó a bordear. No sé por qué. Así que nos empezamos a pegar. En eso agarro un jarrón para tirárselo por la cabeza y la veo a Ángela [hija de uno de los pibes del pasillo de 3 años] que justo aparece asique no se lo tiré. (Observación Participante. Junio 2020)

Otro factor regulatorio, que demarca cierta temporalidad en las broncas son las muertes de sus partícipes. Como dije anteriormente, estas muertes operan como el factor que perpetua la existencia de las broncas ya que por existir las mismas no se acabarán nunca independientemente de quienes sean los nombres propios de cada sector del barrio. No obstante, en los momentos que suceden, al menos en los dos años que compartí trabajando en el barrio (durante la observación participante no hubo episodios fatales), el grupo victimario mermaría las provocaciones y el ejercicio de la violencia. Así, en dos oportunidades diferentes, a partir de la muerte de dos jóvenes ligados a los de adelante, los pibes del pasillo mermaban su participación en broncas y prácticamente no respondían a los intentos de 'venganza' por un tiempo considerable. No obstante, estas muertes suelen ser celebradas por 'bajarle uno a la bronca' y con un fuerte cuidado porque 'la bronca intentará bajarnos uno'.

Un último factor que, según infero de los testimonios de los pibes del pasillo, opera desactivando el despliegue de la violencia entre broncas es un cierto agotamiento. Este agotamiento vivenciado por

los jóvenes no tiene por qué ser compartido entre todos, aunque si repercutirá en el despliegue de la violencia grupal en relación a la participación de los mismos. El 17/6/2020, después de casi un mes de enfrentamientos violentos con los de pasando el terraplén entre dos y tres veces por semana, uno de los pibes del pasillo me decía:

Yo ya estoy medio cansado, casi todos los días lo mismo. Encima estos acá (señala a otros de los pibes del pasillo) le responden así que tengo que estar. No voy a dejar solo a mis compañeros. Pero yo medio que me aburrí porque aparte esos ahí ni tiran enserio, son puro hablar nomas ni se la bancan. (Observación Participante. Julio 2020)

Más allá del testimonio puntual de este joven, los episodios siguieron sucediendo durante varias semanas posteriores, por lo que podemos inferir que el agotamiento solo funciona como desactivador de la violencia cuando es compartido colectivamente por los jóvenes. Mientras sea una vivencia individual, operaran con mayor eficacia los factores perpetradores de la violencia.

6 La voz de las compañeras: otras percepciones en relación a la violencia.

Anteriormente di cuenta de la significación positiva en relación a la violencia por parte de los pibes del pasillo, no obstante, dentro del mismo pasillo también circulan otras significaciones en relación a la misma.

El 16/07/2020 a la mañana no estaban los pibes del pasillo en el barrio, por lo que aproveché para hablar con las parejas de dos de ellos y la hermana de otro, también vecinas del pasillo. Al consultar cuál era su opinión en relación a la existencia de broncas, una de ellas me respondió con porte triste:

Es un garrón que anden en esas cosas. Primero porque no queremos que les pase nada ni a ellos ni a nosotras ni a nuestros hijos. Aparte, después terminan todos presos o muertos como ya les paso a varios que estuvieron acá o que conocemos de otros lados. Los hijos extrañándolos, ellos tienen a sus hermanos presos hace años y ni así recapitan (Observación Participante. Junio 2020)

Esta percepción, compartida por las otras dos mujeres presentes, difiere completamente a los relatos de los jóvenes varones en relación a la violencia. En ellos, los discursos de intentar 'rescatarse' están más relacionados al consumo de sustancias que a los episodios de violencia (con la excepción de la etapa que mencioné como 'de agotamiento'). Así, mientras en los varones no parece haber demasiada evaluación de los riesgos, las posibilidades y las consecuencias de la violencia, las mujeres del pasillo tienen una percepción contrapuesta: las broncas son experimentadas con preocupación y miedo, tanto en el presente como en el futuro.

Posteriormente, pregunté por qué consideraban ellas que se daban estos episodios de violencia, a lo

que otra de ellas me respondió:

Y son muchas cosas. Para mi es para ver quién es más malo, mas macho. Pero también cuando estás mucho tiempo en la calle hay que hacerse respetar, entonces te peleas por eso y después saltan tus amigos y los amigos del otros, y así... pero también puede ser por alguna mujer o porque uno borracho bardeó a otro o alguna cosa de esas (Observación Participante. Junio 2020)

Este testimonio de alguna forma sintetiza mucho de lo planteado a lo largo de este capítulo en relación a los sentidos y regulaciones de la violencia. A su vez, demuestra que además de tener otra significación en relación a la violencia que los varones, ellas pueden y eligen poner en palabras lo que padecen, lo narran y tienen un parecer en relación a las razones de la violencia de sus compañeros.

Por último, les pregunté si ellas tenían broncas y respondieron:

Si nosotras con las de adelante nos re bardeamos. Y con los varones también. Pero es diferente, a veces podemos hablar y nos arreglamos. Y si no nos arreglamos no pasa nada porque no nos andamos persiguiendo para pegarnos o matarnos. Todas tenemos que ir al mismo centro de salud, a buscar a los chicos a la escuela, entonces no da que nos agarremos de los pelos cada vez que nos vemos.(Observación participante. Junio 2020)

Como vemos, los roles de género y las formas de transitar los conflictos son bien diferentes entre los varones y mujeres del pasillo. En el próximo capítulo ahondaré en estas diferencias, puntualmente en referencia a la masculinidad y como esta ópera en la generación de violencia entre jóvenes varones.



CAPÍTULO

3

**Demasiados los moretones,
muy pocos los encantamientos**

Masculinidad y violencia en los
pibes del pasillo

En este capítulo haré una conceptualización general de la masculinidad como tema de estudio, partiendo de un breve recorrido histórico de su emergencia en el interés académico, señalando algunas ideas y definiciones centrales y las otras variables a tener en cuenta para el análisis situado. Posteriormente, expondré las injerencias mutuas entre la construcción de la masculinidad y la violencia. Por último, recuperaré los testimonios de los pibes del pasillo y expondré las características de la construcción de masculinidades en estos jóvenes, principalmente en relación a la violencia de broncas.

1 Marco general para el análisis de las masculinidades situadas.

1.1 Breve recorrido histórico de los estudios académicos de masculinidades.

Como plantean Robles et al. (2019), la masculinidad se transformó en un tema de estudio relevante en las ciencias sociales –particularmente de Latinoamérica- desde la década del año 1980. Es decir, es a partir de esta etapa histórica que se la empieza a investigar de forma sistemática y acumulativa: se estudian subjetividades, comportamientos, discursos asociados a “lo masculino” que hasta entonces no formaban parte del radar científico. Estos estudios son subsidiarios de la necesidad de plantear relaciones de género más igualitarias cuestionando y desnaturalizando a la masculinidad, ergo, son también hijos de la interpelación y disputa política de fuerzas sociales concretas, principalmente movimientos feministas (Olavarría 2003)³⁰. Los estudios de la época aportaron diferentes elementos empíricos para analizar a la masculinidad y su relación con los contextos sociales, no obstante, también coincidían –generalmente- en la necesidad de visibilizar un modelo hegemónico o normativo de la masculinidad que era común en los distintos contextos (Hernandez, 2008). En apartados posteriores haré referencia puntualmente a qué refiere esta idea.

En la década de 1990 adquieren relevancia los aportes feministas que ponen en evidencia al género como uno de los vectores fundamentales para la organización de la vida en sociedad. El género pasa a ser uno de los principales estructuradores de desigualdades sociales junto con la clase y la etnia, transformándose objeto de investigación social de diferentes disciplinas. Según Kimmel (1997) en Robles et al. (2019) en América Latina la emergencia del interés de las ciencias sociales por la masculinidad “...se dio paralelamente al desarrollo de grupos de hombres interesados en transformar sus prácticas en las relaciones de género, por considerar que éstas eran fuente de opresión e insatisfacción no solo para las mujeres sino para ellos mismos.” (pp.61).

Así, acorde a lo que plantean Robles et al. (2019), dentro del amplio espectro de las masculinidades como tema de estudios, el eje de los estudios académicos estuvo en como los hombres construyen su masculinidad y como ésta se asocia, principalmente con la sexualidad, la reproducción, la paternidad, el trabajo y la violencia. A su vez, se destaca en estos estudios un acuerdo o coincidencia

³⁰Otros autores, como Ochoa Holguín (2008), proponen que los estudios sobre la construcción social de las masculinidades ya se habían desarrollado a fines de los años '60 y principios de los '70. No obstante, la exactitud de los años no resulta relevante en tanto ambas posturas entienden que la interpelación a las masculinidades y su necesidad de teorización es producto del avance de la teoría feminista y sus conquistas políticas.

en que la masculinidad no es independiente de su contexto, es decir, no pueden soslayarse factores culturales, socioeconómicos e históricos en los que se inscriben las biografías de las masculinidades analizadas.

1.2 *¿De qué hablamos cuando hablamos de masculinidad?*

Para responder esta pregunta es necesario, en primer lugar, realizar una serie de precisiones en relación a que voy a referir como masculinidad en singular y a qué como masculinidades en plural. La masculinidad en singular, siguiendo a Huberman (2012) en Robles et al. (2019):

“...es la manera en que se les enseña a los hombres cómo deben comportarse, qué tienen que pensar y cómo tienen que manejar los sentimientos [...] son mensajes, mandatos y roles que incorporan (incorpore, es decir, portan en sus cuerpos) desde que nacen y durante todos los días de sus vidas, a través de los distintos procesos de socialización y que buscan mantener el dominio y los privilegios masculinos” (pp.12).

Esta definición referencia a una masculinidad hegemónica en caso de responder de una forma exitosa a las exigencias impuestas. Es decir, la masculinidad tiene un efecto normativo, marca un deber ser que al que se debe responder. Esta satisfacción –o los ejercicios para alcanzarla- debe ser constante y a lo largo de toda la biografía de los varones, con prácticas que van variando –según etapa y contexto- pero que sostienen las mismas motivaciones e implicancias. En palabras de Bourdieu (1996), el privilegio masculino es una trampa que tiene su contrapartida en el deber de afirmar su virilidad ante cualquier circunstancia.

En esta línea, el dispositivo de masculinidad opera como “un mandato, un conjunto de normas, de prácticas y de discursos que de ser asumidos de forma más o menos exitosa asignan a los varones (cisgénero y heterosexuales, sobre todo) una posición social privilegiada respecto a otras identidades de género” (Chiodi, A. et al. pp. 12. 2019). Si bien estas prerrogativas sociales obtenidas por el seguimiento de los mandatos de masculinidad tienen consecuencias directas en la producción de desigualdades sociales que son imposibles de soslayar, no son objeto de esta tesina abordarlas. Si son objeto los mandatos masculinos y su relación directa con la violencia de broncas que los pibes del pasillo protagonizan en Playa Norte.

Por otro lado, retomando lo señalado por Huberman (2012) en Robles et al. (2019), refiero a masculinidades en plural como “...los mandatos, roles, tareas y comportamientos que la sociedad relaciona, en un momento histórico determinado, con las diferentes formas de ser hombre, y que son enseñadas a los mismos a través de los distintos espacios de socialización” (pp. 62). Es decir, voy a hablar de masculinidades como las diferentes formas de habitar, de tensionar, dialogar, responder a este guión que representa la masculinidad normativa o hegemónica. Esto da lugar a diferentes organizaciones dentro de ámbitos estrictamente masculinos que van desde mayor hegemonía, a subordinación, esquemas de complicidades o marginación (Connel, 1997).

En este sentido, vale aclarar que haré referencia aquí a la masculinidad como un estilo que define un

nosotros de un otros, con prácticas y representaciones propias del contexto en que se dan. Así, como propone Garriga Zucal (2005) retomando a Rojo (2001), me propongo estudiar las relaciones entre estilos masculinos que dan cuenta de dimensiones de poder y jerarquías dentro del mismo género, en este caso, dentro de una misma formación subcultural. Posteriormente ahondaré en esto con mayor profundidad.

1.3 Masculinidad en contexto y situación.

Como dije anteriormente, este guion de masculinidad adquiere diferentes formas, prácticas y discursos que la constituyen según los diferentes contextos, lo cual hace necesario su anclaje situado para el análisis. Robles et al. (2019) recuperando a Azamar Cruz (2015), sostiene que la masculinidad es una construcción social, situada, de formas múltiples y con fisuras, es decir, siempre puede haber situaciones que se escapen a 'lo normado'.

En este sentido, retomando la idea de masculinidad hegemónica y su función normativa, Artiñano (2012) propone el Modelo Masculino Imperante como una herramienta analítica útil para su abordaje. Refiere a este modelo como aquella forma de ser masculino que predomina (manda o domina) en las sociedades, operando de forma normativa, con características históricas sustentadas en cuanto a género, clase, etnia y nacionalidad, religión y generación, con sus posibles combinaciones y atravesadas por el espacio/tiempo. Así, en las sociedades occidentales contemporáneas el modelo de masculinidad imperante, según el autor, está signado por la superioridad del hombre heterosexual por sobre las mujeres (género); predominancia de la burguesía (clase); blancos y de origen europeo (etnia y nacionalidad); judío cristianismo (religión); y adultocentrismo (generación).

Este enfoque permite no solo inscribir a la masculinidad en la historia admitiendo sus condicionantes sociales/culturales y sus virajes históricos y geográficos, sino que, sobre todo, permite visualizar la existencia de múltiples masculinidades coexistiendo. Estos virajes se deben a que la masculinidad se encuentra condicionada por otras variables, como por ejemplo lo socioeconómico. Si entendemos que la masculinidad es un *guión*³¹ impuesto, es preciso aclarar que las vías de seguimiento del mismo son disimiles. Mientras que en algunos contextos las leyes del mercado permitirán –en mayor y menor medida– el cumplimiento de los mandatos masculinos, en otros contextos ese cumplimiento será por otras alternativas –como puede ser la violencia.

Chiodi, A. et al. (2019) sostienen que hay tres mandatos fundamentales que estructuran la masculinidad en la mayoría de los contextos: ser proveedor, ser procreador y ser protector. Estas tres funciones son parte de la socialización de los varones y la imposibilidad de cumplimiento implica una lesión fuerte en su masculinidad. En este sentido, como plantea Kessler (2010), a partir del advenimiento del neoliberalismo en la región en el último cuarto del siglo XX y puntualmente en la década del 1990 en Argentina, donde grandes masas poblacionales fueron expulsadas del mundo del trabajo, se da una encrucijada para los varones –principalmente jóvenes– y sus mandatos. Mientras que las posibilidades brindadas por la agencia de mercado y Estado en materia laboral y

³¹ La referencia a guión es utilizada por Chiodi, A. et al. (2019) para dar cuenta del carácter normativo y preestablecido de los mandatos de masculinidad.

educativa eran cada vez más precarias, el mandato masculino y su función social de proveedores y protectores de sus núcleos familiares seguían intactos. De este modo, el mandato de masculinidad operó de tal manera que hizo que emerjan nuevas prácticas que permitieron su cumplimiento como el delito predatorio, pequeños robos, narcomenudeo, entre otras. Estas prácticas emergentes se fueron sedimentando hasta consolidarse y significarse socialmente de forma positiva.

Si bien el delito no es el objetivo central de esta tesina, si lo es otra práctica sedimentada que emerge del mismo proceso: la violencia y su significación positiva. Como se planteó en el capítulo anterior, la violencia representa la fuente de prestigio, respeto y jerarquía de los jóvenes varones de Playa Norte y, agregado, de la gran mayoría de los sectores populares. Así, a lo ya desarrollado, sumaré otra nueva lectura: la relación recursiva y retroalimentaria entre el ejercicio de la violencia y la construcción de masculinidad.

2 *Masculinidad y violencia: introducción teórica a una relación retroalimentaria.*

Para analizar la relación entre masculinidad y la violencia parto de recuperar otro aporte de Chiodi, A. et al. (2019) en relación a los mandatos:

“Otro mandato fuerte para los varones es la autosuficiencia, vale decir, hacer todo solo, no necesitar ayuda, no depender ni confiar en nadie, tener el control, seguir e imponer las propias reglas sobre los demás. Esto se traduce como un privilegio a través del ejercicio de poder, de dominio y de control, que aparecen como atributos intrínsecos a la masculinidad. Se trata de un mandato que viene acompañado de otro: tener que ser siempre fuertes, resistentes, duros, tenaces, arriesgados, estar siempre a la ofensiva, enfrentar el riesgo y no demostrar debilidad, pasividad ni vulnerabilidad, ya que estas características están connotadas como femeninas y, por tanto, son temidas y no deseadas. La fuerza física y/o la violencia aparecen, entonces, como atributos de la masculinidad “deseada”.” (pp.22)

Así, vemos como el uso legítimo de la violencia desarrollado en el capítulo anterior es, sobre todo, una legitimación de género que responde a un mandato. En esta línea, considero menester hacer una breve distinción. Si bien la violencia de género ligada a los mandatos de masculinidad aparece en los relatos y experiencias de los pibes del pasillo, además de situaciones que presencié tanto trabajando en el Programa Nueva Oportunidad como en la observación participante, no es objeto de esta tesina estudiarla. Por este motivo, sin soslayar su presencia y gravedad, pondré el foco de análisis en la violencia entre varones, principalmente de broncas.

En este sentido, Rita Segato (2003) propone una ligazón interesante entre masculinidad y violencia. La autora señala que “...una de las estructuras elementales de la violencia reside en la tensión

constitutiva e irreductible entre el sistema de status y el sistema de contrato” (pp. 14). El orden de status propone que el hombre debe ejercer su dominio y lucirlo a forma de prestigio ante sus pares, y “es en la capacidad de dominar y de exhibir prestigio que se asienta la subjetividad de los hombres y es en esa posición jerárquica, que llamamos 'masculinidad', que su sentido de identidad y humanidad se encuentran entramados.” (pp.14). Así, la falta de correspondencia entre posiciones (status) y subjetividades (contrato) “producen y reproducen un mundo violento” (Segato; 2003; pp. 14).

De este planteo general propuesto por Segato se pueden mencionar dos implicancias centrales de la masculinidad y su relación retroalimentaria con la violencia: la tensión irreductible entre expectativas y posibilidades como condición de emergencia de la violencia, sus significaciones positivas y funciones sociales; y la validación y escrutinio de la masculinidad entre pares.

Por un lado, la primera implicancia mencionada sostiene que es este desfasaje entre las expectativas sociales (sistema de status) y las posibilidades de cumplimiento (sistema de contrato) el que permite la emergencia de las violencias. Así, la violencia entre hombres se constituye en una forma de construcción de masculinidad, ante la imposibilidad de construirla y reforzarla de otra manera (bajo las reglas del mercado, por ejemplo). En el próximo apartado veremos como en el caso de los pibes del pasillo, la masculinidad implica prácticas alejadas al ideal hegemónico burgués propuesto por Artiñano (2012) como `tipo ideal occidental`, pero persigue los mismos propósitos. Siguiendo desde la perspectiva de las sub culturas, las formas de construir masculinidades dominantes -un mandato hegemónico-, se construye a partir de la valoración de otros atributos alternativos como la violencia. Es decir, la violencia entre varones pasa a tener una función central en la construcción de género: otro medio legítimo para construir una masculinidad hegemónica, normativa y dominante.

La segunda implicancia de la masculinidad y la violencia es que, en tanto dispositivo, se valida a partir de pares, es decir, entre varones. En este sentido, Kimmel (1997) va a definir la masculinidad como “...un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros, y con nuestro mundo.” (pp. 1). Es preciso, entonces, agregar otro concepto clave intrínseco a la masculinidad: la virilidad. Laura Arroyo (2018) sostiene que la misma:

“...aparece como una cualidad variable, que se define por la presencia de caracteres acentuadamente masculinos. De modo que la masculinidad aparece así como virtual, su despliegue es la virilidad. Se puede ser hombre pero no viril. Ser varón y 'no tener huevos' como se dice.” (pp. 2)

Retomando a Kimmel (1997), hablamos de validación homosocial como el proceso en que otros varones conceden aceptación, evalúan el desempeño, clasifican según los atributos masculinos. Es decir, son los otros varones los escrutadores de la virilidad. En palabras del autor:

“...estamos bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres. Ellos nos miran, nos clasifican, nos conceden la aceptación en el reino de la virilidad. Se demuestra hombría para la aprobación de otros hombres. Son ellos quienes evalúan el desempeño [...] El hecho que esos hombres prueben su virilidad a los ojos de otros hombres es a la vez consecuencia del sexismo y uno de sus puntales principales” (Kimmel, 1997; pp. 54).

Esta validación externa por pares no es para nada armoniosa, sino que está atravesada por mandatos de competencia y dominación. Robles et al. (2019) recuperando a Huberman (2012), sostienen que:

“La masculinidad patriarcal exige a los hombres pruebas y demostraciones acerca de 'lo machos que son', por lo cual deben demostrar que pueden dominar tanto a mujeres como a otros hombres...” (pp.63)

Así, vemos como estos mandatos de competencia y dominación no es solo para con géneros que patriarcalmente se conciben como subordinados (femeninos y disidencias sexuales), sino también para con pares. En otras palabras, el *carner* de la masculinidad hegemónica ligada a la violencia no será otorgado únicamente por la capacidad de someter a las mujeres, sino que también se jerarquizará ante la posibilidad de dominio de otros hombres. Además, este ejercicio debe ser constante, no es un estadio 'al que se llega', sino que el reforzamiento de las posiciones es permanente.

Es en este mandato de validación, competencia y dominación continua a pares en que se inscriben las prácticas de violencia entre varones que desarrollé en el capítulo anterior. Específicamente me refiero a aquellas ligadas al aguante y a la búsqueda de respeto y reconocimiento a través de la violencia. Así, para cumplir estas funciones es que toma relevancia el carácter expresivo de la violencia ya que la violencia entre varones no debe pasar desapercibida. Para que cumpla su función viril, debe conocerse y para eso, entre más espectacular mejor. Dentro de los testimonios recuperados podemos encontrar evidencias de esto.

Las implicancias mutuas entre masculinidad y violencia desarrolladas de forma teórica en este apartado tienen su correlato factico que se hace carne en los relatos –y las experiencias- de los pibes del pasillo. Estos serán recuperados a continuación y sistematizados a fines analíticos.

3 *Manifestaciones de la masculinidad en relación con el ejercicio de la violencia en los pibes del pasillo.*

En este apartado ahondaré en las manifestaciones y las características de la masculinidad que pude aprehender en las conductas, discursos, relatos e interacciones con los pibes del pasillo en el trabajo de campo. Además, como también sucedió en el capítulo anterior, el trabajo de campo estará en diálogo con mi experiencia laboral en Playa Norte. Por otro lado, también es preciso aclarar que hacer un enfoque holístico de todo lo atestiguado y testimoniado en relación a la construcción de masculinidad no entraría dentro del encuadre de un trabajo de tesina, por ende solo tomaré aquellas aristas que hagan referencia a la relación entre masculinidad y violencia.

Para exponer esto, haré una distinción entre cinco manifestaciones de masculinidad relacionadas con la violencia en los pibes del pasillo. La distinción es meramente analítica ya que son procesos que operan de forma conjunta y, por ende, deben pensarse de forma integral.



3.1 *Las posiciones de las masculinidades entre los pibes del pasillo en relación a la violencia.*

Anteriormente hice mención, retomando a Artiñano (2012), a la existencia de masculinidades cohabitando, es decir, la existencia de más de un tipo de masculinidad estructurada según el contexto –social, económico, político, cultural- y las posibilidades de cumplimiento con el mandato de masculinidad hegemónica. Ahora entiendo necesario pasar al análisis de las relaciones entre estas masculinidades. Para ello partiré de lo recuperado del trabajo de campo y utilizaré el esquema de organización social de la masculinidad propuesto por Connell (1997) para dar cuenta de las diferentes posiciones presentes en los pibes del pasillo. Dicho esquema propone una clasificación entre posiciones hegemónicas, subordinadas, cómplices y marginadas de las masculinidades en grupos conformados por varones. Si bien es algo que se irá dejando entrever, vale especificar el rol preponderante que tiene el ejercicio de la violencia en la conformación y estructuración interna en estas grupalidades.

En primer lugar, encontramos la posición hegemónica –o dominante-, caracterizada puntualmente por la posibilidad de ejercer cierto tipo de autoridad. Esta autoridad puede tener diferentes sustentos, para el caso de la formación subcultural de los pibes del pasillo y acorde a lo desarrollado en el capítulo anterior, la violencia se presenta como un fuerte basamento de esta autoridad. Uno de los jóvenes identificado –por sí mismo y por sus pares- como un líder en el ejercicio de la violencia, me decía el 22/07/2020:

Los de la bronca no les tiran a Braulio y Esteban porque saben que no cortan nada. Saben que el que maneja todo acá soy yo. Estos son mis compañeros porque saben que yo me la banco, que consigo fierros, que no los voy a dejar tirado si se pudre todo. (Observación Participante, Julio 2020)

De lo expresado por el joven me interesa particularmente resaltar la autopercepción de un rol fijado que es avalado por sus pares que estaban presentes cuando él me lo decía. Además, también es elocuente en relación a los *para qué* de esa posición: el ejercicio de la violencia como estructurante de la grupalidad.

En segundo lugar, encontramos las posiciones que Connell llama subordinadas. En estas posiciones se destaca la inferioridad para con quienes son posiciones hegemónicas. Esta inferioridad está, en el caso de los pibes del pasillo, determinada por el no manejo de la violencia, en general, por 'no bancársela' o portar atributos feminizados. El mismo joven del testimonio anterior, en referencia a otros pibes del pasillo en posiciones subordinadas que atestiguaban con risas incómodas, me decía:

Estos son medio putos, no se la bancan, por eso responden a mí. No se la bancan solos contra aquellos, si no estoy yo ni impedo tiran para aquel lado. (Observación Participante, Julio 2020)

En tercer lugar se encuentra la posición cómplice. Esta posición reafirma a la masculinidad hegemónica, la apoya, haciendo que trascienda a quien la encarna en particular. Así, esta masculinidad se hace proyecto y grupalidad, ya no es 'el que más se la banca', sino que es todo el grupo el que realiza, en palabras de Connell (1997), el dividendo patriarcal. Todos se benefician por un ejercicio de complicidad, tanto activa como en el caso de las broncas o pasiva para callar otras





cuestiones como puede ser la violencia de género. En relación a la complicidad activa, uno de los pibes del pasillo me decía

A mi novia me dice todo el tiempo que yo lo sigo a éste y que no está bien porque me lleva a cosas malas, pero yo sé que es lo que hay que hacer para que se nos respete acá, sino te pasan por encima. Si te agarran solo por ahí te cabe (Observación Participante; Julio 2020)

Como se evidencia en los testimonios, los límites entre las posiciones cómplices y subordinadas para el ejercicio de la violencia son difusos. Si bien no profundicé en las conversaciones en esta línea, la variación que encontré en los testimonios tiene que ver, en mayor medida, con quien anuncia su posición para con otros.

En cuarto lugar, Connell señala a las posiciones marginadas. Si acordamos en que en el caso de los pibes del pasillo las posiciones hegemónicas, subordinadas y cómplices actúan de forma interrelacionada conformando un proyecto común para el ejercicio de violencia de broncas, tenemos que mencionar a las masculinidades que quedan afuera de este proyecto. Quienes quedan por fuera de este plan son quienes no solo no participan de los encuentros violentos, sino ni siquiera tienen un registro de los mismos, aun perteneciendo al grupo para otros fines. Es el caso de unos de los jóvenes que participaba del taller del Programa Nueva Oportunidad en 2019 y de la limpieza del terreno en el trabajo de campo:

Yo ni ando en peleas, no me interesa. De a veces me junto con ellos a tomar algo pero para las peleas o los tiros ni estoy, no me cabe. Vengo a trabajar en la huerta, me cago de risa un rato y después vuelvo a mi casa. No quiero tener problemas con nadie (Observación Participante. Agosto, 2020)

La no participación de este joven en los encuentros de violencia no lo excluye necesariamente de la formación sub cultural en tanto se siguen compartiendo otros símbolos identitaria como los consumos, las percepciones en relación a otros estratos sociales, entre otros atributos. No obstante, si queda marginado en este esquema de organización social de la masculinidad para el ejercicio de la violencia de broncas.

3.2 Otro eje estructurante de la masculinidad: el trabajo.

En la organización social de la violencia que desarrollé en el apartado anterior, la masculinidad hegemónica está ligada directamente a una cuestión de liderazgo. Esta condición presupone el dominio de ciertas destrezas para los fines de la grupalidad que, como también se viene diciendo, en este trabajo de investigación es la violencia entre grupos de jóvenes varones. No obstante, aquí me gustaría resaltar otras formas de liderazgo y, por consiguiente, de estructuración y jerarquización dentro del grupo: el trabajo. Esto, como veremos, funciona como una suerte de 'espejo' de la violencia –de ahí mi interés por resaltarla aquí– en tanto tiene legitimaciones que no son propias de las formaciones subculturales sino que son compartidas por la sociedad toda y quienes validan estas condiciones son 'agentes externos' a la cotidianidad de los jóvenes.





Si bien las connotaciones positivas que tiene el trabajo como regulador social son perceptibles en casi todos los ámbitos, abarcarlos sería imposible para los objetivos de esta tesina en general y de este apartado en particular. Por ende, haré una precisión acorde a lo extraído del trabajo de campo en la huerta y de la experiencia: voy a referirme al trabajo que requiere ciertas características ligadas a la fuerza, el aguante y la destreza física.

Como mencioné anteriormente, Bourdieu (1996) señala que los varones están socializados de forma tal que deben reforzar su virilidad constantemente. Este reforzamiento, se da a partir de atributos ligados a la fortaleza, la firmeza, la tenacidad, la resistencia, entre otros que, a su vez, son aptitudes funcionales a la disciplina del trabajo forzoso. En este sentido, Palermo (2015) señala que:

“La masculinidad refleja un corpus de prácticas y representaciones que fortalecen una ética del trabajo en sintonía con las construcciones hegemónicas de las empresas. Así se contribuye a una ética del trabajo, a un ideal imposible de trabajador viril y disciplinado, que no hace más que aumentar la inmensa vulnerabilidad de los empleados frente a la hegemonía empresarial. La virilidad construye un sujeto prisionero de un ethos que lo obliga a aceptar ritmos de trabajo acelerados y a ocultar accidentes para sostener una actitud que termina siendo una carga.” (pp.113)

A la hora de analizar el trabajo en las huertas de los pibes del pasillo no podríamos hablar de una ética empresarial porque se trataba de un trabajo de otra índole. No obstante, el ethos mencionado está presente y, por consiguiente, su función estructuradora y jerarquizadora dentro del grupo. La mañana del 07/07/2020 anotaba esto en mi cuaderno de campo en referencia a uno de los pibes del pasillo que para el ejercicio de la violencia ocupa un lugar subordinado/cómplice -acorde a la clasificación hecha anteriormente- pero para el trabajo un lugar claramente hegemónico:

“Me llama la atención su rol de líder para el trabajo. Él es un pibe que va para adelante como loco, lo cual es muy bueno cuando es bueno, y muy malo cuando es malo. En la huerta se está poniendo el equipo al hombro, siendo líder. Le molesta y tilda de vagos al resto, que les cuesta más arrancar a trabajar, aunque en general lo terminan siguiendo.” (Observación Participante. Julio, 2020)

Como se denota del fragmento del registro, el ejercicio de este tipo de masculinidad hegemónica ligada al trabajo también tiene su correlato en la influencia para con el resto de los jóvenes. Este joven intentaba constantemente persuadir al resto del grupo a que se ponga a trabajar a su ritmo y, aunque no sin resistencias -que muchas veces devenían en discusiones y amenazas de violencia física-, al menos las veces que yo presencié escenas de este tipo, terminaban todos los jóvenes trabajando. Vemos que se evidencia otro tipo de estructuración grupal y de formas de liderazgo acorde a la tarea realizada.

A su vez, así como las prácticas ligadas a la formación subcultural de los jóvenes –particularmente el ejercicio de la violencia- son denostadas ante la mirada de quienes no la comparten, estos comportamientos ligados a la disciplina laboral forzosa gozan de una percepción positiva ante la mirada externa. Así lo evidencia las palabras que una referente social le dijo a uno de los jóvenes el 25/06/2020 en la huerta:



Estas son las cosas que están buenas. Que puedan trabajar con la tierra, plantar su propia comida. Además los entretiene y los saca de esas cosas malas que son la droga y las peleas con otros chicos (Observación Participante. Junio 2020)

No obstante, dentro del anecdotario y de las conversaciones cotidianas de los jóvenes, las prácticas de la formación subcultural tienen toda la preponderancia, aun en aquellos jóvenes que se ven favorecidos por estructuración y jerarquización a partir del trabajo. Es decir, en las charlas con los jóvenes, lo que ellos preferían mostrar, en general, eran prácticas y discursos relacionados con la violencia, el consumo u otro atributo de su formación subcultural y, por consiguiente, ponderar la masculinidad devenida de ello.

3.3 El cuerpo como insignia y testimonio.

Hay un factor común entre ambas formas de estructuración y jerarquización de las masculinidades: el cuerpo como herramienta. No me refiero a cualquier uso del cuerpo, sino a su sometimiento, su demostración de fuerza constante, desgaste físico, llevarlo a los límites con el fin de demostrar aguante y resistencia.

De Keijzer (2003) plantea que "...la salud y el autocuidado no juegan un rol central en la construcción de la identidad masculina" (pp.6). Particularmente en referencia a la violencia, esto se une con un no reconocimiento del riesgo de este sometimiento y con la imposibilidad de accionar sobre las lesiones al mismo. Se trata de aguantársela hasta el límite.

Además, es preciso agregar que las prácticas y las conductas físicas, corporales y las representaciones que de ellas se tienen son socialmente construidas, sirviendo para construir un nosotros diferente a un otros, es decir, delimitan la pertenencia social (Connerton, 1989). Así, los jóvenes tienen para relatar torturas policiales, curas caseras de heridas de arma blanca o armas de fuego, utilización de heridas como marcas de guerra a mostrar que sirven de testimonio, tatuajes que acompañan esos testimonios, entre otras. A su vez, estos dan cuenta de la sinergia corrosiva entre la construcción identitaria de una formación subcultural como la de los pibes del pasillo y su socialización de género en la masculinidad. En definitiva, el cuerpo comúnmente concebido y vivenciado como algo natural, es en realidad una construcción social que exhibe elementos de género y pertenencia social.

En mi trabajo de campo estas ponderaciones del cuerpo surgieron en diferentes momentos. La mañana del 31/07/2020, uno de los jóvenes me mostraba todas sus marcas devenidas de enfrentamientos de broncas y me decía:

Esta me la hice cuando me agarré con uno de San Javier que anduvo acá un tiempo. Esta otra me la hizo la policía una vez que me agarraron y yo no estaba haciendo nada. Algunas ya se me fueron. Viste que acá estamos curtidos, no como ustedes que son todos limpios y sin un rasguño, manos de señorita (risas) (Observación Participante. Julio 2020)



De este testimonio se pueden desprender varias aristas relacionadas a las construcciones de género y su diferenciación con atributos que se encuentran feminizados. No obstante, me interesa recalcar puntualmente la diferenciación para conmigo, entendido como un otro y el cuerpo como la evidencia de esa otredad. Mi imagen no se asemejaba en nada a la de los pibes, ni en ropa, ni en corporalidad, tatuajes, pero fue a través de las marcas que el joven se diferenció de mí. A esto también se hacía referencia en el capítulo anterior al hablar de la identidad social de los jóvenes.

Además, es preciso señalar otro uso del cuerpo que tiene que ver con lo postural, los movimientos, la utilización de las manos para hablar y cierta cadencia en la voz, que también conforman una marca distintiva. Bourdieu, P. (1996) señala que el cuerpo en tanto construcción social sostiene una relación directa entre 'lo físico' y 'lo moral' debido que el porte y la manera de mover el cuerpo expresan las construcciones identitarias. La mañana del 4/08/2020, presencié una discusión entre dos pibes del pasillo y anotaba lo siguiente:

“De la discusión entre ellos dos me llamaron la atención, aparte de no saber por qué discutían, como ponían el cuerpo y la voz. Ambos cuando se puteaban hacían un movimiento con la mano similar, entre señalando y simulando una piña al otros, además de cambiar la voz, usando palabras particulares y con una cadencia especial. Fue raro porque son pibes que tienen formas de hablar bastante diferentes pero igual eran muy parecidos en esa situación.” (Observación Participante. Agosto 2020)

Esta percepción propia atestiguando una discusión, si bien puede ser simplificadora, da cuenta del uso del cuerpo y su carácter distintivo, que particularmente a la hora del ejercicio de la violencia –o las amenazas, como es este caso- adoptan formas comunes entre ellos.

José Garriga Zucal (2005) en un estudio etnográfico de las hinchadas de fútbol de Buenos Aires, señala que:

“El modelo corporal de 'los pibes' es concebido por el discurso hegemónico y normativo como puro, un cuerpo aún no institucionalizado. Las visiones se desplazan desde el puro romanticismo que observa 'pureza' donde el proceso civilizatorio no ha dejado su cuña, a imaginarlos como ejemplos máximos de barbarie y salvajismo. Ambas concepciones niegan los sentidos sociales de una construcción corporal. De igual manera que otros sectores construyen un modelo basado en los ejercicios y la 'buena' alimentación, los hinchas construyen un modelo de cuerpo distinto, en cuanto a lo anatómico y al modo de adquirirlo.” (pp.213)

Establecer homologaciones entre objetos de estudios tan diferentes de forma determinante sería impropio en términos epistémicos para un trabajo situado e irresponsable en términos metodológicos. No obstante, me interesa establecer el parangón con este planteo en relación a lo que se pretende comunicar a través del cuerpo que externamente es mencionado como 'salvaje'. Así como las hinchadas de fútbol establecen el modelo ideal anatómico de su masculinidad hegemónica que no es construido por las instituciones modernas pero que tienen un sentido propio construido –no es azaroso-, los pibes del pasillo también tienen ciertos atributos corporales a seguir: movimientos, marcas, cicatrices, tatuajes, ropas, entre otros factores que son parte de su formación subcultural, es decir, entre otras cosas, su forma de ser varón joven en Playa Norte y dar testimonio de



ello. Esta discusión es similar a la planteada en el primer capítulo en relación a las explicaciones externas ligadas al salvajismo para los episodios de violencia entre grupos de jóvenes.

3.4 *Comportamientos temerarios y no reconocimiento del riesgo (propio).*

En el apartado anterior mencioné el no reconocimiento del riesgo como un factor clave en la construcción de las masculinidades en general, y en la de los pibes del pasillo en particular. Ahora, este no reconocimiento va acompañado del desafío constante a esos riesgos, es decir, comportamientos que ponen en jaque la integralidad física de esos jóvenes.

Luis Bonino (2000), desde la psicología, aporta que uno de los mandatos centrales establece que alguien masculino:

“Deberá ser un héroe impasible, arriesgado, sereno a menos que 'lo provoquen', capaz de doblegar todos los obstáculos sin cobardía, con un cuerpo que aguante todo. La emocionalidad, la cooperación y la empatía, la fragilidad y la pasividad, no se incluyen en las prescripciones de la normativa de género para los varones, en tanto en la distribución dicotómica, son prescriptas para las mujeres.” (pp6)

En este sentido, el mismo autor sostiene que:

“...en la producción de los comportamientos temerarios tienen un lugar privilegiado los deseos de valoración y confirmación narcisista, y la propia estructuración de la subjetividad masculina: ambos organizados en adecuación a los ideales culturales que normatizan rígidamente lo que un hombre debe ser, hacer y desear para ser reconocido como tal (y diferenciado de una mujer).” (pp.5)

En este sentido, no solo el no reconocimiento a los riesgos, sino que la exposición activa y el desafío a los mismos son características propias de los pibes del pasillo. Al consultarle a uno de los jóvenes si no le daba miedo estar expuesto a situaciones de violencia con armas, me dijo entre risas:

Y no, no nos da miedo. Sabemos que acá la cosa es así. A mí un poco me gusta, sino me aburro. Aparte de algo hay que morirse (risas) (Observación Participante. Junio 2020)

Aquí se puede hacer una conexión con la dimensión de la violencia ligada a la búsqueda de la adrenalina y emocionalidad que desarrollé en el capítulo anterior. No solo no se percibe un riesgo en la participación de encuentros de violencia armada, sino que hay un atractivo en ello.

No obstante, el reconocimiento del riesgo está presente para con hijos y hermanos menores que aún 'no tienen edad' para estar en determinadas situaciones. En el capítulo anterior mencioné que la posibilidad de que salga lastimado un niño en un enfrentamiento era un regulador y limitante de la violencia, no así el riesgo propio. En este sentido, quienes tienen permitido participar de enfrentamientos de broncas son quienes entraron conscientemente en el juego pero, sobre todo, a quienes sus pares permitieron entrar. Es decir, si entendemos que la masculinidad es un dispositivo



que se valida entre varones, son los pibes del pasillo los que habilitan a alguien a entrar en sus enfrentamientos con la bronca³². En este sentido, el 22/07/2020 anotaba en mi cuaderno de campo:

“Presenció una secuencia que me llamó la atención. Braulio retándolo a Cacho -su cuñado y hermano de Esteban, debe tener unos 10 años aproximadamente- porque él quería ir a la noche a tirarle a los de la bronca de pasando el terraplen. Cacho decía que lo bardearon a él, y que él se quería vengar. Braulio le decía que no, que él era mucho chico, que todavía le faltaba mucho 'camino' para poder andar a los tiros, que más adelante iba a poder pero que ahora le tenía que dejar esto a los más grandes.” (Observación Participante. Julio 2020)

La edad –y las experiencias que con ella vienen- pasa a ser un factor clave para la aprehensión de los atributos propios de la formación sub cultural de los pibes del pasillo, pero también es un atributo de medición de la masculinidad. El 'sos muy chico todavía' puede leerse como un 'todavía no pasaste todo lo que tenés que pasar para participar de esto'. En otras palabras, 'todavía te falta para hacerte hombre'. Sin ánimos de establecer jerarquizaciones ni sentidos etapistas a las formaciones subculturales, si me interesa resaltar como los comportamientos temerarios –en tanto desafíos a riesgos de la integridad física- se convierten en pasos a dar, siempre progresivamente, para vivir la masculinidad en Playa Norte. Al respecto, Bonino (2000) sostiene:

“‘Hacerse hombre’ se convierte así en un objetivo narcisista primordial. Pero este objetivo es de difícil satisfacción porque el ideal masculino propone una meta engañosa: no sólo ser un hombre, sino “todo un hombre”, exigencia infinita, que no se cuestiona y que genera la incesante pregunta ¿seré o no lo suficiente hombre? La búsqueda de respuesta se realiza con todo el bagaje con que cuenta la subjetividad masculina, que se pone en juego, con el doble propósito de demostrar(se) la hombría, y de intento de logro de la “total” virilidad.” (pp.7)

Así, como ya había mencionado anteriormente, el hecho de llegar a 'ser un hombre' para los pibes del pasillo lejos de ser un estadio al que se llega, implica alimentar ese status constantemente, lo cual tiene un correlato en la reproducción de la violencia entre broncas.

3.5 *La diferenciación tajante a lo feminizado.*

La diferenciación a 'lo femenino' se fue mencionando a lo largo de este capítulo en las diferentes aristas que hacen a la masculinidad sin ahondarlo en particular. Más bien, propuse un análisis de la masculinidad de los pibes del pasillo en sus atributos centrales en relación a la violencia con otros varones. Esto se debe a que, como propone Archetti (2003), hay contextos -como el de las violencias entre varones y las broncas- que son eminentemente masculinos y donde 'los otros' relevantes son los hombres.

No obstante, dentro de esta competencia y validación entre varones, la feminización de ciertos atributos juega un rol clave en tanto se presenta como lo prohibido y lo impugnado. Quien exhibe atributos femeninos es considerado más débil en términos de violencia o, más bien, quien es considerado más débil en términos de violencia es también catalogado como alguien feminizado o

³² También esto se evidencia en otras prácticas propias de la formación sub cultural que representan algún tipo de riesgo. Durante los meses de observación participante vi cómo le prohibían entre todos al hermano menor de uno de los jóvenes fumar marihuana ni ir a comprar a lo del narco.



sus derivados³³.

Robles et al. (2019) retomando a Azamar Cruz (2015) señala que en la validación homosocial de los varones se fijan determinadas pautas privativas ligadas a la demostración de debilidad o pasividad y que su transgresión será sancionada fuertemente. Esto, como se dijo anteriormente, implica a los varones accionar acorde a atributos de fortaleza y, de no hacerlo, serán considerados débiles, es decir, serán feminizados.

El 27/07/2020, uno de los pibes del pasillo, en referencia a otro que en sus palabras 'no se la aguantaba', me decía lo siguiente:

Eso que hace este es lo que hacen las mujeres. Si vas a boquear como un hombre bántatela como un hombre, no salgas corriendo como una mujer. Eso es de maricón, eso es de puto (Observación Participante. Julio, 2020)

Pero esta impugnación que representa la feminización de las conductas no es solo a la hora de juzgar a los demás, sino que opera también para que los propios pibes aguanten situaciones que ya no quieren hacerlo. En una conversación a solas con uno de los jóvenes me decía que ya estaba cansado de todos los días andar a los tiros -recuperando lo planteado en el capítulo anterior, se había saturado-, pero que no podía dejar de hacerlo porque iban a poner en juicio su masculinidad. En sus palabras:

“Si yo ya estoy medio cansado. Todas las semanas lo mismo, tengo ganas de estar tranquilo. Pero bueno, si ellos tiran hay que devolverle, sino te van a decir que sos un maricón” (Observación Participante. Agosto 2020).

Aquí se evidencia el efecto performativo de esta diferenciación obligatoria para con la feminidad, donde jóvenes aguantan situaciones que padecen solo para que nadie ponga en duda su masculinidad. Se conforma así en un proceso constante y de crecimiento espiralado.

³³En palabras de los pibes, que te digan que son una mujer o pongan tu heterosexualidad (siempre obligatoria) en duda es parte de un mismo proceso: cuestionar la masculinidad. Por ende, los insultos van desde 'sos una mujer' a 'puto' o 'maricón' persiguiendo similares objetivos.



**CONSIDERACIONES
FINALES**

A lo largo del trabajo fui exponiendo diferentes testimonios de los pibes del pasillo y percepciones mías al respecto del tema que me propuse investigar, tensionándolos con aportes teóricos de distintas disciplinas sociales. Durante el proceso en general fui derribando algunas preconociones con respecto a dicho tema llegando a otras lecturas sobre el mismo, pero sobre todo abriendo inquietudes que no sabía que tenía, preguntas nuevas que, con suerte, se convertirán en desafíos nuevos en investigaciones futuras.

Como se dijo en las primeras páginas de este trabajo, mi experiencia laboral con los pibes del pasillo fue fundacional y es constitutiva de esta investigación. No solo 'me presentó' el tema a investigar, sino que me despertó una curiosidad y dio herramientas concretas para estudiarlo. La cuestión de las broncas era un tema que se me presentaba esquivo cuando trabaja con los jóvenes. Se hablaba mucho, formaba parte del anecdotario, de las conversaciones pero a la hora de profundizar un poco –y sobre todo ponerles palabras a esa profundidad– el tema generaba muchas inhibiciones. En este sentido, la observación participante –complementaria de la experiencia laboral previa– fue un gran activo para ello, permitió habilitar el ejercicio de la palabras sin agobiar, sin imponer y respetando los tiempos de los relatos de los jóvenes, acompañado de observaciones de las posturas, gestos, movimientos que acompañaban los relatos.

En este escrito sistematicé los conceptos e ideas –siempre situados y parciales– a los que arribé a partir del análisis de la experiencia laboral y la observación participante. Esta sistematización la hice sobre dos grandes ejes: la violencia entre broncas y la construcción de la masculinidad. Desde ya que, como también se dijo, estos ejes están profundamente implicados entre sí, retroalimentándose, impensable –al menos desde el planteo de este trabajo– de pensarse por separado.

A la hora de abordar la violencia de broncas, agrupé las características encontradas y las mencioné como nudos para pensar la violencia. La sistematización en cuatro nudos lejos de pretender ser una taxonomía compartimentada, se propone escindida solo a fines analíticos ya que son difusas las fronteras entre cada uno. El primer nudo desarrollado tiene que ver con la proximidad que la violencia, en tanto práctica, tiene en la vida de los jóvenes. Esta proximidad hace que, a lo largo de sus biografías, la violencia no aparezca como algo extraño, sino que más bien habitual. Las prácticas de violencia –de todo tipo– forman parte de la trama social de los pibes del pasillo.

Un segundo nudo encontrado tiene que ver con la legitimación de estas prácticas. Dentro de su habitualidad, la violencia nunca era condenada o impugnada, más bien estaba permitida, era un instrumento válido. En este aspecto, el aguante y el honor eran los principales habilitantes de su uso: 'si alguien amenaza estos atributos se podrá utilizar la violencia para solucionarlo'. Se trata de los principales capitales simbólicos en disputa que, a su vez, su necesidad de reforzarlos cotidianamente explican la diseminación de la violencia en las diferentes dimensiones de la vida de los jóvenes.

El tercer nudo característico de la violencia en los pibes del pasillo tiene que ver con erigirse como una práctica que representa un lenguaje propio. Los jóvenes hacen del uso de la violencia una forma de relacionarse entre ellos, una –nueva– forma de sociabilidad. Esto, expuesto aquí en relatos de los jóvenes, constituye un código común de parte de ellos, una forma de ser-estando en el barrio, de habitarlo y significarlo.

Del tercer nudo de infiere el cuarto, que postula a la violencia como una marca de estilo. Es decir, lejos de ser un 'berretín' circunstancial, amenorizado, que ya transcurrirá, la violencia de broncas

representa también una forma de búsqueda de identidad grupal. Esto significa que tiene una doble función: por un lado integradora, entre quienes participan de esta práctica común y quienes comparten esa identidad social (formación subcultural), por otro lado distintivo de quienes no comparten esta formación y universo de sentidos mentados a la práctica de la violencia, que son 'el resto' de la sociedad. Así, para los primeros la violencia es connotada de forma positiva, lo cual explica su reproducción constante, mientras que para los segundos es cuestionada, impugnada, ya que constituyen una otredad.

Por otro lado, ahondé en ciertos usos y formas de la violencia de broncas, incorporando aportes de Cozzi (2013). En este sentido, un primer uso de la violencia tiene que ver con lo antes dicho de presentarse como una práctica que construye identidades, por lo que no redundaré. El segundo uso identificado hace referencia a la construcción de vínculos. En el marco de esta nueva forma de sociabilidad, la violencia también da lugar a la construcción de alianzas, compañerismos y solidaridades *ad hoc*, que también hacen al ser-estando en el barrio siendo joven. El tercer uso de la violencia implica la búsqueda de adrenalina. En tiempos históricos donde los jóvenes de los sectores populares son empujados al ocio forzado, los pibes del pasillo encuentran en la violencia de broncas un divertimento, una emocionalidad.

Relacionadas con los usos y formas e inspirado en la categorización de Katz (1988), desarrollé tres dimensiones de la práctica de violencia en los pibes del pasillo. En primer lugar, un tipo de violencia instrumental que hace referencia principalmente a los robos y el delito predatorio que si bien aparecieron en los relatos de los jóvenes, era un uso tangencial en mi tema de estudio. Las otras dos dimensiones si son propias y centrales en esta investigación: una dimensión expresiva y una dimensión emotiva. La dimensión expresiva tiene un fuerte componente comunicacional ya que sirve para la construcción de una imagen, una identidad, diferenciarse de los que no forman parte de la formación subcultural y jerarquizar entre quienes si forman parte, ergo, entre más espectacular más funcional a dichos fines. En cuanto a la dimensión emotiva, evidencia lo que antes mencione como una búsqueda de adrenalina ante ninguna actividad regulatoria de la cotidianeidad, por lo tanto, una actividad que también se presenta como propia.

Posteriormente, identifiqué ciertos vectores regulatorios o encuadres de la violencia, es decir, ciertas reglas que habilitan su ejercicio y límites de 'lo permitido' por la formación subcultural. Entre los vectores que habilitan y activan la violencia se encuentran, en primer lugar, hechos puntuales como robos de objetos, insultos, malas miradas que –inscripto en el andamiaje de significados y sentidos que describí anteriormente- devienen en prácticas de violencia de broncas, entre otras. En segundo lugar, otro hecho que activa el despliegue de la violencia tiene que ver con un criterio de propiedad y disputa territorial: pasar por el espacio de la bronca habilita a ejercer la violencia porque implica una falta de respeto, una transgresión a los códigos o directamente una provocación. Como tercer vector habilitante encontramos las solidaridades y compañerismos entre los jóvenes, cada vez que alguno de los pibes del pasillo tenía un problema con la bronca, el resto se debe sumar al despliegue de la violencia. Este compañerismo, como dije anteriormente, implica también la pertenencia a una trama de obligaciones que de no cumplirse puede ser leído como una traición.

Por el otro lado, las regulaciones identificadas que desactivan la violencia son, en primer lugar, lo que Cozzi (2013) nombra como criterios de victimización, es decir, quienes pueden ser depositarios de la violencia y quiénes no. Los pibes del pasillo tienen profundamente claro que ni niños ni mujeres

pueden salir lastimados de los enfrentamientos con la bronca y ese es un límite de lo permitido. Por otro lado, se evidenció –sobre todo en los dos años de trabajo- los episodios fatales y ciertas temporalidades que se habrían a partir de ello como un límite de la violencia de broncas, es decir, cuando alguien vinculado a la bronca moría –sobre todo en episodios de violencia- los pibes del pasillo mermaban su empeño en desplegar la violencia por cierto tiempo. Como un último factor regulatorio y limitante de la violencia encontramos cierto agotamiento o saturación experimentado por los jóvenes cuando pasaban varios días o semanas con enfrentamientos de broncas regulares. Pude observar ese agotamiento en los dos meses de observación participante donde los pibes del pasillo pasaron de estar con cierta exaltación ya que cada dos o tres noches tenían tiros con la bronca, a no querer saber más nada al respecto por un tiempo y que las respuestas a las provocaciones se vayan diluyendo.

En lo que respecta al otro eje central de esta tesina, la construcción de masculinidad, agrupé lo observado en cinco manifestaciones centrales. En primer lugar, identificando diferentes posiciones masculinas dentro del grupo de los pibes del pasillo en relación a la violencia. Estas posiciones son encarnadas por uno o más de los pibes, siempre en función de la construcción de la masculinidad ligada a la violencia. Encontramos en primer lugar las posiciones hegemónicas o dominantes que gozan de mayor jerarquía y son portadores de los atributos de violencia. En segundo lugar las posiciones subordinadas que tienen cierta inferioridad con las posiciones dominantes pero actúan acorde a los mandatos hegemónicos –sin demasiado margen de acción. En tercer lugar, las posiciones cómplices, que conscientemente actúan alimentando y reforzando las posiciones hegemónicas. Por último, las posiciones marginadas, que ni siquiera participan de la actividad en cuestión, que en este caso es la violencia de broncas. Este esquema de posiciones permite avizorar que los pibes del pasillo lejos de ser un grupo homogéneo, también tienen 'tensiones internas' propia de cualquier grupalidad.

Por otro lado, también identifiqué en este trabajo otra forma de construcción de jerarquía masculina dentro de los pibes del pasillo: el trabajo forzoso. Dado que gran parte de la observación participante se dio en el marco de la limpieza de huerta, eso estuvo presente. Quienes encarnaban las jerarquías relacionadas a la violencia no eran quienes lo hacían en relación al trabajo, más bien parecían dos formas de liderazgo diferentes. Esto no estuvo exento de tensiones y diferencias en función de dichos liderazgos, aunque, como se dijo, quienes ostentaban la dominación en la violencia eran, en última instancia, quienes tenían mayor predominancia en su liderazgo.

Como tercer manifestación de la masculinidad expuse las concernientes al cuerpo, entendiendo que los pibes del pasillo lo utilizan también para dar cuenta de sus prácticas, puntualmente en relación a la violencia. Los jóvenes usaban sus marcas, tatuajes, pero también posturas y formas de hablar como una insignia que da cuenta de sus vivencias. Estas expresiones en general estaban acompañadas de relatos sobre el aguante que alimentaban una postura propia de su formación subcultural y su masculinidad.

La cuarta manifestación de la masculinidad en relación a la violencia reconocida en el trabajo de campo tiene que ver con el no reconocimiento del riesgo propio y la ponderación de los comportamientos temerarios. A los pibes del pasillo no pareciera importarles los riesgos a los que se someten en cada enfrentamiento con las broncas y, sobre todo, hacen gala cada vez que se someten a un peligro. No obstante, esto siempre es para con ellos mismos, cuando se trata de niños y mujeres,

el reconocimiento del riesgo y el resguardo sí están presentes. En este punto vemos como operan ideas hegemónicas de la masculinidad, como la protección.

La quinta manifestación de la masculinidad expuesta en este trabajo es la diferenciación total con todo lo que sea feminizado. Aquí lo feminizado era también asociado a lo pasivo, lo quedado, que no tiene iniciativa. Cualquier insulto o insinuación que tendiente a feminizar atributos de cualquiera de los jóvenes era motivo de una gran reacción, como casi ningún otro desagravio. La masculinidad no solo implica un reforzamiento constante a partir de las prácticas que fueron relatadas, sino también implica protegerla de quien la ponga en duda.

A partir de este recorrido, puedo decir que pude aportar hacia la lectura del tema de estudio en varios aspectos. Una de las motivaciones centrales de esta investigación fue la sospecha ante quienes vaciaban de racionalidad las violencias de broncas, tildándolas de prácticas caóticas, sin sentido alguno, que solo se explican por la falta de educación y cultura de los jóvenes de sectores populares. En este sentido, si bien este trabajo es solo un aporte a un campo muy amplio y que aún le queda mucho por explorar, a la luz de los hallazgos puedo decir que si de algo no carece la violencia de broncas es de racionalidades. Más bien, se trata de prácticas cargadas de significación y sentido: el aguante, el honor, el prestigio, la construcción de la masculinidad, son solo algunas que se infieren de los relatos recopilados. Tal es así, que –como también se mencionó- las prácticas de violencia en los pibes del pasillo están profundamente reguladas: tiene sus tiempos, sus límites, sus disparadores. Es preciso dejar la tendencia colonial de poner vacíos donde en realidad hay una otredad –que tal vez no es tan otredad como se piensa- para entender y solucionar los problemas sociales.

En una misma tendencia subestimadora que me generaba sospecha, se encontraban algunos discursos –presentes también en actores barriales e institucionales- que ponen a las broncas en un lugar de práctica juvenil temporaria, como casi una moda, *un berretín de chicos*. Dada la presencia de la cotidianeidad de los pibes del pasillo que fue expuesta en sus anécdotas, en sus relatos, sus discursos, lo que eligen mostrar y lo que no en función a la violencia, es preciso aclarar que se trata –como ya se dijo- de una cuestión muy arraigada, constitutiva de una formación subcultural. El lugar de formación de subjetividad que en otros momentos históricos fue ocupado por instituciones como la familia, la escuela o el trabajo, ahora es ocupado por prácticas como la violencia grupal para jóvenes de barrios populares.

En este sentido, a la hora de hablar de subculturas, que el prefijo sub no nubla: se trata de una alteridad para capitales sociales comunes a toda la sociedad, pero bajo ningún punto de vista es un dispositivo menos potente que cualquier dispositivo cultural. La violencia aquí analizada se presenta como una fuente de prestigio, honor y reconocimiento entre pares que, para estos jóvenes, no está en otro lado, ergo, será una herramienta utilizada ante cualquier consecuencia, como lo son otras herramientas en otros estratos sociales.

Dentro de estos capitales sociales comunes a toda la sociedad, las asociadas a la construcción de la masculinidad se caracterizan por su necesidad de alimento constante. El caso de los pibes del pasillo no es ninguna excepción. Si entendemos que la masculinidad es un *guion* impuesto que va variando acorde a los contextos, podemos decir que en el *guion* de los pibes del pasillo la violencia de broncas tiene un lugar central. En otras palabras, lo que en otros contextos se puede construir a base de

consumo capitalista y desde un lugar de comodidad, a estos jóvenes le cuesta la sangre de sus pares.

A partir de lo expuesto, entiendo que la violencia de broncas en los pibes del pasillo es también una construcción de género masculino, pero es preciso discutir el supuesto abismo entre las prácticas de estos jóvenes y las del resto de la sociedad. Cuando se analizan los sentidos de dichas prácticas, lejos de presentar extrañeza se ve un reflejo común, en mi caso como investigador y antes como trabajador pero sobre todo como varón. La construcción de la masculinidad de estos jóvenes implica mucha violencia legitimada y reforzamiento constante por lo que es necesaria ponerla en discusión, pero ¿no es esta una tarea que nos cabe todos los varones en los tiempos actuales? ¿Qué tan lejos estamos de ellos quienes nuestro guion implica en apariencia otras prácticas pero tienen los mismos objetivos de dominación y sometimiento?

Como dije, lejos de concluir o llegar a derivas cerradas en este apartado, creo que el trabajo de investigación realizado y su escritura me dejan más interrogantes, inquietudes, aperturas y motivación para profundizar en el tema que certezas al respecto.

Dentro de estas aperturas creo pertinente profundizar más adelante en el padecer de estos jóvenes. Si bien sutilmente en algunos momentos lo fueron manifestando y se fue exponiendo aquí, una construcción tan rígida de género es destructora para otros pero también para los propios pibes del pasillo. Ahondar en su sufrimiento y, sobre todo, en que hay o que avizoran por fuera de las prácticas relatadas aquí también forma parte de desafíos futuros.

Otra línea a profundizar es indagar en la conformación de grupalidades, de jerarquizaciones internas más allá de la organización social de la masculinidad. Hay factores relativos a la edad, a las procedencias familiares, a la trama de relaciones que se escaparon a los objetivos y posibilidades de este trabajo y, creo, operan de una forma muy concreta en la producción de violencias en el barrio.

Otro pendiente tiene que ver con el rol de las mujeres del pasillo. Si bien algunos testimonios pude recuperar, siempre fue en función de las broncas de los varones ya que ese era el tema de estudio. Pero seguramente tienen mucho más para aportar en relación a la construcción de su subjetividad, de sus prácticas constitutivas de género, de sus prioridades e intereses, entre otros aspectos.

También fue un tema tangencial a esta investigación la violencia de género. Lejos de soslayar la gravedad de esta problemática, parto del reconocimiento de las limitaciones de esta tesina y más como investigador para abordarlo. En los dos años de trabajo y en la etapa de observación participante fui testigo y recibí testimonios de varios episodios. Por sus propias regulaciones, este trabajo no pudo dar cuenta de ellos ya que implicarían una investigación específica.

Un último pendiente que me gustaría mencionar tiene que ver con ciertos atributos de la formación subcultural de los pibes del pasillo que no especifiqué porque también requerirían una investigación propia. El consumo de sustancias, la relación dual –problemática y de connivencia- con la policía, otros tipos de violencia, los consumos culturales, de vestimenta, entre muchos otros, son algunos temas que, si bien fueron mencionados y parcialmente analizados, merecen mayor atención por también ser constitutivo de la biografía y de la forma de ser-estando en el barrio de los pibes del pasillo.

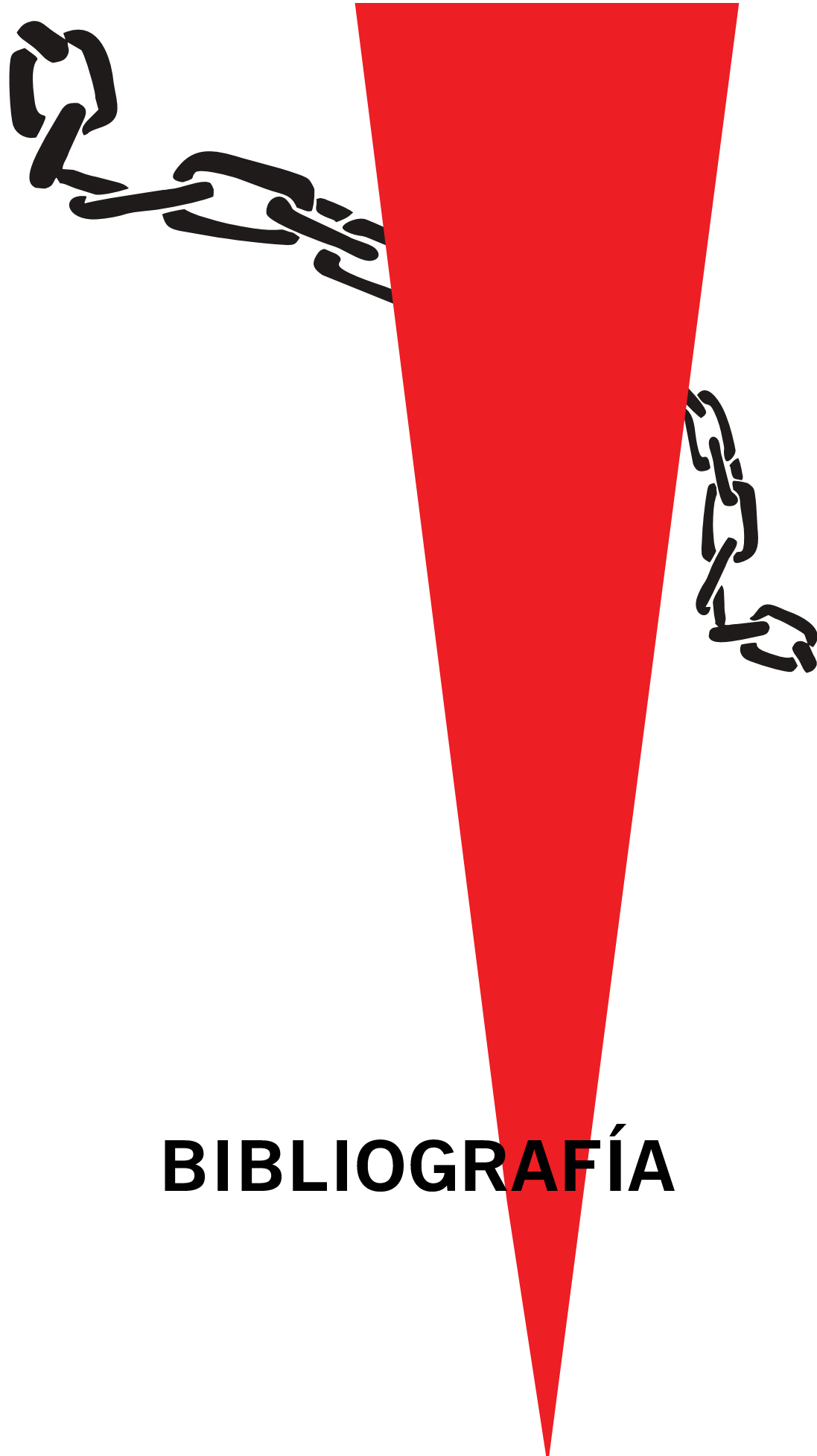
Para finalizar, considero preciso destacar que lejos de ser condescendiente con la violencia de broncas que provoca tanto sufrimiento, me propuse abonar a comprenderla. Esta necesidad de

comprender no responde a ningún fetiche académico, más bien, es la necesidad de comprender lo que se intenta erradicar. Cuando se habla de erradicación de la violencia suele pensarse en dos direcciones igual de fracasadas: el brazo derecho del Estado intentando reprimir estas prácticas a base de fuerza –casi siempre aumentándola– o el brazo izquierdo, partiendo de la base de que estas prácticas responden a un vacío que hay que llenar con educación formal, trabajo precario o talleres de reeducación emocional.

En este sentido, con honrosas excepciones, las respuestas estatales para el problema de la violencia han sido, en el mejor de los casos, la implementación de programas de corte socioproductivo o educativo tendientes a 'acercar' a los jóvenes a instituciones que nada tienen que ver con sus intereses como la escuela o el trabajo (desde una perspectiva meramente disciplinadora). En el peor de los casos, aunque no poco habitual, las respuestas fueron a partir de intentos represivos, con grandes despliegues de fuerzas de seguridad que tampoco resultan efectivas a juzgar por las estadísticas expuestas en la introducción.

Como ya dije, a estas respuestas estatales, en mi entender, le subyacen percepciones de la violencia como una anomalía puntual y como una carencia. En relación a la anomalía, se vislumbra una suerte de falla concreta en un sistema que hay que mejorar sin grandes movimientos, ya sea 'ajustando' algunas instituciones o directamente reprimiendo la emergentes que resulten 'amenazantes'. Sin embargo, acorde a lo que se expuso, se trata de construcciones identitarias por fuera de estas instituciones, ergo, no son las mismas instituciones, así como están, las que puedan dar respuesta a esto.

En definitiva, propongo una tercera vía que parta de la escucha de los jóvenes, atendiendo a lo que ellos 'traen' y partiendo desde ahí para el diseño de posibles soluciones que permitan convivencias armoniosas, sin imponer y sin 'contarnos cuentos' que ya caducaron. Como dijo el Indio Solari en una conferencia de prensa en 1997: 'En vez de bajarles línea a los chicos, escucharlos, porque en sus nervios hay mucha más información del futuro que lo que tipos de nuestra edad pueden tener para aconsejarlos'.



BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

- Archetti**, E. P. (2003). *Masculinidades: fútbol, tango y polo en la Argentina*. Editorial Antropofagia.
- Arroyo**, L. (2018). ¿A que llamamos nuevas virilidades?. *Errancia, la palabra inconclusa*. https://www.iztacala.unam.mx/errancia/v17/litorales_5.html#aste
- Artiñano**, N (2009). *Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza en el inicio del siglo XXI*. [Tesis de Maestría, Universidad Nacional de La Plata]. Repositorio Institucional de la Universidad Nacional de La Plata. <https://doi.org/10.35537/10915/2104>
- Auyero**, J. & **Berti**, M. F. (2013). *La violencia en los márgenes: una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense* (Vol. 2040). Katz Editores.
- Bonino**, L. (1994). Varones y comportamientos temerarios. *Actualidad Psicológica -Argentina-*, 210, 4-6
- Bourdieu**, P. (1996). La dominación masculina. *Revista de Estudios de Género, La Ventana E-* ISSN: 2448-7724, (3), 1-95. <https://doi.org/10.32870/lv.v0i3.2683>
- Bourdieu**, P. (1990). La "juventud" no es más que una palabra. *En Sociología y Cultura*, 163-173.
- Carballeda**, A. (2013) "La intervención social en los escenarios actuales. Una mirada al contexto y el lazo social". En: M. Cecilia Testa (Comp.) Trabajo social y territorio. Reflexiones sobre lo público y las instituciones. Espacio Editorial, pp. 67-74.
- Chiodi**, A., **Fabri**, L., & **Sanchez**, A. (2019). Varones y Masculinidad(es). Herramientas pedagógicas para facilitar talleres con adolescentes y jóvenes. United Nations Populationd Fund- Argentina. <https://argentina.unfpa.org/sites/default/files/pub-pdf/Varones%20y%20Masculinidades.pdf>
- Connell**, R. W. (1997). The Social Ofganization of Masculinity (La organización social de la masculinidad). Programa de Aprendizaje en Sexualidad, Afectividad y Género (PASAGe). http://www.pasa.cl/wp-content/uploads/2011/08/La_Organizacion_Social_de_la_Masculinidad_Connel_Robert.pdf
- Connerton**, P. (1989). *Cómo recuerdan las sociedades*. Prensa de la Universidad de Cambridge.
- Cozzi**, E. (2013). "De clanes, juntas y broncas". *Primeras aproximaciones a una explicación" plenamente social" de la violencia altamente lesiva y su control, entre grupos de jóvenes de sectores populares, en dos barrios de la ciudad de Santa Fe*. [Tesis de Maestría, Universidad Nacional del Litoral]. <http://hdl.handle.net/11185/568>
- De Grande**, P. (2014). Robert K. Merton, Erving Goffman, y el recurso del rol. *Journal de Ciencias Sociales*, (3).

- De Keijzer**, B. (2003). Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina. *La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina*. Lima, Perú: Foro Internacional en Ciencias Sociales y Salud, 137-152.
- Duschatzky**, S., & **Corea**, C. (2001). *Chicos en banda: los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones* (No. 159.922. 8). Paidós.
- García Fernández** M. (2019). Las subculturas del delito. *Derecho para Innovar (DPI) Cuántico*. *Diario Penal* 227. https://dpicuantico.com/area_diario/doctrina-en-dos-paginas-diario-penal-nro-227-15-03-2019/
- Garriga Zucal**, J. (2012). “Aplicar Mafia”. La violencia como dimensión de un estilo popular. *AVATARES de la comunicación y la cultura*, (3).
- Garriga Zucal**, J. (2005). Soy macho porque me la aguanto: etnografía de las prácticas violentas y la conformación de identidades de género masculino. *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 39-58
- Garriga Zucal**, J. (2005). Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol. *Cuadernos de antropología social*, (22), 201-216.
- Garriga Zucal**, J. y **Panizo**, L. (2019). Sufrir, matar y morir. Contribuciones a la socio-antropología de las violencias y las muertes. Buenos Aires: TeseoPress.
- Guber**, R. (2013) Capítulo 5. ¿A dónde y con quiénes? Preliminares y reformulaciones de la delimitación del campo. En “El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo”, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Hernández**, O. M. (2008). Estudios sobre masculinidades. Aportes desde América latina. *Antropología Experimental*, (8).
- Katz**, J. (1988). *Seductions of Crime: Moral and Sensual Attractions in Doing Evil* (Seducciones del crimen: atracciones morales y sensuales al hacer el mal). New York, Basic Books.
- Kessler** G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires. Ed. Paidós.
- Kimmel**, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En *Masculinidad/es, poder y crisis*. Ediciones de Las Mujeres N° 24, Isis Internacional y FLACSO Chile. Santiago, Chile.
- Krmpotic**, C. S., **de Leon**, P., & **Hector**, A. (2017). Diez enunciados para pensar la identidad profesional en Trabajo Social. Una invitación al debate internacional en los albores del siglo XXI.
- Matza**, D., & **Sykes**, G. M. (1961). Juvenile delinquency and subterranean values (Delincuencia Juvenil y Valores Subterráneos). *American sociological review*.
- Merton**, R. K. (1957). Social structure and anomie (Estructura Social y Anomia). *Merton, Social Theory and Social Structure, rev. ed.*(New York, 1957).

- Miguez**, D. (2006). Transgresión y pobreza urbana: ideología, ética y teoría en la constitución de un campo. *Etnografías contemporáneas 2 (2)*, pp. 13-22 *Escuela de Humanidades/UNSAM, Buenos Aires*.
- Ochoa Holguín**, J. (2008). Un rápido acercamiento a teorías y perspectivas en los estudios sobre las masculinidades. Recuperado de:
http://www.berdingune.euskadi.eus/contenidos/informacion/material/eu_gizonduz/adjuntos/Un%20r%C3%A1pido%20acercamiento%20a%20teor%C3%ADas%20y%20perspectivas%20los%20estudios%20sobre%20las%20masculinidades.John%20Bayron.pdf Fecha de consulta 5-12-20.
- Olavarría**, J. (2003). Los estudios sobre masculinidades en América Latina. *Un punto de vista. Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, 6, 91-98.
- Página Oficial **RENABAP** <https://www.argentina.gob.ar/desarrollosocial/renabap/mapa>
- Pagaza**, M. R. La intervención profesional un campo problemático tensionado por las transformaciones sociales, económicas y políticas de la sociedad contemporánea.
- Palermo**, H. M. (2015). Machos que se la bancan: masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina. *Desacatos*, (47), 100-115.
- Pegoraro**, J. S. (2002). Notas sobre los jóvenes portadores de la violencia juvenil en el marco de las sociedades pos-industriales. *Sociologías*, (8), 276-317.
- Perdidos**, C. J. (2014). *¿Quién lleva la gorra?: Violencia, nuevos barrios, pibes silvestres*. Tinta Limón.
- Redondos Subtitulados** (2020, 1 de Septiembre). Histórica conferencia de prensa de los redondos en Olavarría (16-08-1997) completa y con subtítulos. Youtube.
<https://www.youtube.com/watch?v=xWfHUiqeCEU>
- Restrepo**, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá: Enviñ editores.
- Robles**, C., **Rearte**, P., **Robledo**, S., **González**, M., **Santoriello**, F., & **Yovan**, M. (2019). Masculinidades: la emergencia de nuevos sujetos en la trama socio-política. *Conciencia social*, 58-75.
- Rodríguez Alzueta**, E. (2016). Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos. *Buenos Aires, Argentina: Malisia. Morás, LE (2009) Nosotros y los otros: estudios sobre la seguridad en tiempos de exclusión y reclusión. Montevideo, Uruguay. Ediciones Ciej*.
- Rodríguez Alzueta**, E. (2018). Consumo y delito. Si no hay futuro hay joda. El Cohete a la Luna.
<https://www.elcoheteealaluna.com/el-delito-y-la-joda/> Consultado el 23/07/2020

- Segato**, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: contrato y status en la etiología de la violencia* (No. 334). Universidade de Brasília, Departamento de Antropologia.
- Scribano**, A. (2008) "La investigación social cualitativa", Buenos Aires, Prometeos Libros. Capítulo I.
- Sarlé**, P. (2003). La historia natural en la investigación cualitativa. Repositorio Institucional UBA. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/9893>
- Tonkonoff**, S., **Blanco**, A. B., & **Sánchez**, M. S. (Eds.). (2014). *Violencia y cultura: reflexiones contemporáneas sobre Argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Tonkonoff Costantini**, S. E. (2012). Las funciones sociales del crimen y el castigo: Una comparación entre las perspectivas de Durkheim y Foucault. *Sociológica (México)*, 27(77), 109-142.
- Tonkonoff**, S. (2007). Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas. *La sociología ahora*, 149-164.
- Valles**, M. S. (2000). *Técnicas cualitativas de investigación social*. Síntesis Editorial.
- Vera**, L. (2008). La investigación cualitativa. *Recuperado el, 10*.

DOCUMENTOS ESTADÍSTICOS

- Ministerio Público de la Acusación y Ministerio de Seguridad Provincia de Santa Fe** (2020). Informe anual sobre homicidios provincia de Santa Fe | 2020. https://mpa.santafe.gov.ar/mediafiles/nw60265a200ef3a_63_Informe%20de%20Homicidios%20%7C%20Provincia%20de%20Santa%20Fe%20%7C%202020.pdf
- Ministerio Público de la Acusación y Ministerio de Seguridad Provincia de Santa Fe** (2020). Informe anual sobre personas heridas con armas de fuego en la provincia de Santa Fe | 2020. [https://mpa.santafe.gov.ar/mediafiles/nw602656d21dd44_63_Informe%20anual%20sobre%20p%20ersonas%20heridas%20con%20armas%20de%20fuego%20en%20la%20provincia%20de%20Santa%20Fe%20%7C%202020%20\(versi%C3%B3n%20\).pdf](https://mpa.santafe.gov.ar/mediafiles/nw602656d21dd44_63_Informe%20anual%20sobre%20p%20ersonas%20heridas%20con%20armas%20de%20fuego%20en%20la%20provincia%20de%20Santa%20Fe%20%7C%202020%20(versi%C3%B3n%20).pdf)